

La Ilustración Artística

Año XXXIII

BARCELONA 2 DE MARZO DE 1914

Núm. 1.679

BARCELONA. - SALÓN PARÉS

XIV EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA LITERARIA DE CATALUÑA



LA CUNA, cuadro de Carlos Vázquez

(De fotografía de Serra.)

SUMARIO

Texto. - De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. - *La ronda*, por Carlos García Anné. - Barcelona. *Salón París. XIV Exposición de la Sociedad Artística Literaria de Cataluña.* - *La princesa Isabel de Rumania y el príncipe Jorge de Grecia.* - *La nueva pólvora Turplín.* - Alfonso Bertillón. - *El record de la distancia en esférico.* - Ambrosina (novela ilustrada; continuación). - Madrid. *«La fuerza del mal».* - Excmo. Sr. marqués de Aguilar de Campoo - Don Juan Pedro de Aladro Kastriota. - D. Juan Menéndez Pidal. - Madrid. *La casa de la Asociación de Ferroviarios.* - Libros.

Grabados. - *La cuna*, cuadro de Carlos Vázquez. - Dibujo de Opiso, ilustración al cuento *La ronda.* - Interior, cuadro de Ricardo Urgell. - *Difícil elección*, cuadro de J. Martí Garcés. - *La hora del baño*, cuadro de J. M. Tamburini. - *Marina*, cuadro de Dionisio Baixeras. - *El Carnaval en Madrid y en Barcelona* (dos láminas). - *Azaleas*, cuadro de F. Galofre. - *Hija del mar*, cuadro de Manuel Cusí. - *La princesa Isabel de Rumania y el príncipe Jorge de Grecia.* - Eugenio Turplín. - Alfonso Bertillón. - *El ingeniero alemán Berlmer.* - Madrid. *«La fuerza del mal».* - Excmo. señor marqués de Aguilar de Campoo. - D. Juan Pedro de Aladro Kastriota. - D. Juan Menéndez Pidal. - Madrid. *La casa de la Asociación de Ferroviarios* (tres fotografías). - *Grupo de carneros*, escultura en bronce de Augusto Gaul.

DE BARCELONA. - CRÓNICAS FUGACES

Acisclo Soler, el veterano actor del Teatro Catalán, era algo más que una figura relevante de nuestra escena y un artista doblemente respetable por su ancianidad y sus méritos. Era la personificación viviente de toda una época y como la última reliquia de aquella generación que había dotado a Cataluña de sus instituciones más características: Juegos florales, orfeones, teatro regional.

El ilustre y bondadoso comediante había creado, en su labor de cincuenta años, una porción asombrosa de papeles y dado vida a una población de personajes los más característicos y regocijados, añadiendo no pocas veces al interés de la letra el de una caracterización concienzuda, cuando no lo suplía por completo dando relieve a cosas absolutamente anodinas. Así era, en efecto, el teatro catalán de hace seis lustros: una institución compleja y *sui generis*, cuya esencia no residía tanto en las composiciones escritas como en la resultante o fusión del elemento literario con el elemento escénico. Tratábase de un fenómeno de conjunto, de una colaboración en que el talento de los actores suponía a menudo más que la aportación del escritor o poeta, sacando efectos inesperados de lo que, leído en el texto, parecía vulgar ramplonería.

¿A qué podríamos atribuir semejante singularidad? A que los actores de aquel teatro incipiente, defectuoso, limitado, no se mantuvieron en una posición pasiva respecto de él, sino que participaron activamente en el trabajo de la creación de tipos y personas, en forma poco conocida entonces. Es decir, que no se contentaban con responder a la sugestión de las palabras puestas por el autor, ni en esperar todo de sus acotaciones o consejos, sino que ayudaban a la *literatura* con un trabajo de cooperación personal y a veces decisivo o tan importante como el primero.

Estos actores creaban también de por sí y a su modo. Estaban en continuo contacto con su pueblo; eran pueblo, en la acepción noble de la palabra y se los veía a todas horas frecuentar las multitudes y los sitios abonados a la observación, como si ellos, más todavía que los comediógrafos, condujesen la literatura teatral y la hiciesen seguir a remolque de su poder de evocación y fuesen en cierto modo los creadores directos de su teatro.

¿Quién no recuerda a Fontova, a Roca, a Soler, en sus cotidianos paseos, entre los tipos populares de los mercados, en la Boquería, en las posadas y mesones de sus *tournees*, en todo sitio donde lo «pintoresco», según la moda añeja ahora olvidada, tenía su emporio; quién no los recuerda, vagando entre la multitud, como sombras familiares y propicias, recogiendo el aliento de su raza, la intimidad de su carácter, el secreto sentimental de su pueblo y de su época, los rasgos eternos de la vida que llevaron a las tablas?

¿Arte inferior?.. Arte inferior y primitivo sin duda, mirado por el prisma de la crítica literaria. Temas sin consistencia, asuntos caricaturales o grotescos, parodias, sainete a lo sumo, es decir, la superficie de las cosas. Mas, ¿quién no sintió revelarse en el trabajo de los intérpretes y por encima de la producción un valor independiente, intrínseco y alguna vez trascendental que nos decía que el teatro catalán de los primeros días eran ellos y casi nadie más que ellos? Por donde resultaba el hecho social muy superior a los quilates estrictamente literarios y puede hablarse todavía de un teatro que no coincidió plenamente con una *dramaturgia*, ya que, cuando ésta

empezaba a surgir, con rasgos modernos y definidos, el teatro se fué disolviendo poco a poco...

De todo este período fué Soler el último sobreviviente, habiendo muerto en el retiro de su ciudad nativa después de una existencia todo mansedumbre y laboriosidad, que le granjearon no sólo admiración para el artista, sino respeto, profundo respeto para el hombre en quien la gente del pueblo barcelonés veía un amigo entrañable que le había deleitado y en quien había sentido también la voz del amor. Porque el arte completo es simpatía y sin amar a un pueblo no es posible interpretarlo ni conmovirlo plenamente.

* *

La Comisión enviada a Sevilla para ofrecer al Rey la Presidencia de la Exposición de Industrias Eléctricas, halló, tanto en S. M., como en el jefe del Gobierno, como en el Comité de la Exposición Hispano-Americana de la capital andaluza, una acogida sumamente afectuosa y un cúmulo de facilidades y atenciones que bien a las claras demuestran cuán preparado está el terreno para el próximo certamen.

No mucho menos de treinta años habrán transcurrido, cuando él ocurra, desde la por tantos conceptos memorable Exposición Universal de 1888. Barcelona, desde entonces, ha venido esperando un día y otro la segunda parte de aquella primera y gloriosa iniciativa, por virtud de la cual ingresó en la escala de las grandes ciudades europeas y a la cual debe enérgicos impulsos de expansión y de ambición. Alguna vez se ha estado a punto de abordar la empresa, pero circunstancias imprevistas, sucesos políticos desagradables o decaimientos del ánimo a ellos consiguientes han hecho abandonar el propósito y dejarlo íntegro para mejor ocasión.

Esta ocasión parece haber llegado ahora. ¿Se logrará como en las tentativas anteriores a que acabo de referirme? Hay que esperar que no. De todas maneras nunca se había llegado tan lejos en los trabajos de organización. Las prendas están echadas ya y es imposible recogerlas sin desdoro para Barcelona. Creados están los organismos directivo y ejecutivo; obtenido el acuerdo de la ciudad, el apoyo del Monarca, el auxilio del Gobierno, la promesa de los jefes de minoría de las Cámaras.

Sólo un hecho fortuito, una de aquellas calamidades que bastan a interrumpir la vida de un pueblo, podría ser obstáculo a la futura Exposición, que no obstante su denominación especial y circunscrita ha de constituir, en realidad, un alarde espléndido de la vitalidad de Cataluña y de España en general.

Se dice que la era de las Exposiciones va pasando... Dijérase mejor que pasan determinadas formas o modalidades de ellas. Pero siempre las poblaciones encontrarán en estos concursos un medio de acelerar su progreso y estimular sus energías, tanto como de dar a conocer uno y otras a los demás países. Con motivo de estos concursos mundiales, infinidad de reformas y mejoras, que tardarían años en conseguirse, son objeto de un gran empujón. Así como en los viejos palacios, con ocasión de la boda del heredero, se renueva el mobiliario, se aumentan las viejas colecciones y se restaura, pule y abrillanta toda la mansión, las ciudades de nuestro tiempo necesitan de apremios semejantes para ponerse al corriente y salvar atrasos y negligencias de su urbanización.

Además, las solemnidades a que me refiero tienen la ventaja de despertar o avivar el patriotismo local. Muchas personas que, en la normalidad de la vida, no han experimentado el orgullo de su población ni han sentido el impulso de coadyuvar a su gloria y participar de su renombre, cuando llega una de esas fechas excepcionales, ante el esplendor de las regias comitivas, el concurso de gentes de toda lengua y latitud, la flamante gallardía de los edificios y el fulgor de las iluminaciones, se sienten nacer al halago de la ciudadanía y comprenden que la urbe es para ellos la extensión del hogar. De esa satisfacción del amor propio experimentada una vez, sacan muchos el empeño constante de contribuir a la grandeza de su patria y aun de su simple residencia. Y muchos doméstico y no participan de la vida civil, vense forzados a abandonar su misantropía y a reconocer y aceptar los deberes de la coordinación humana y los beneficios de la cultura social.

De aquí que estos grandes concursos dejen no sólo huellas materiales, sino también un positivo sedimento ideal. La ciudad pasa a un círculo más amplio de aspiraciones y para la masa común de sus habitantes se ensancha también el horizonte de la existencia y el espectáculo de la civilización. Parece que todos salen de esa prueba con ascenso de uno o dos grados en la escala de la comprensión y de la

jerarquía, como si hubiesen adquirido un sentido nuevo y de que carecían hasta entonces... Todo eso y el ser Barcelona, todavía, una ciudad en pleno crecimiento que no ha llegado, ni de mucho, a alcanzar los límites máximos de su expansión ni a poner en activo las grandes reservas de su potencialidad, hace que, en efecto, la futura Exposición de Industrias Eléctricas empiece a despertar un vivo interés colectivo y una positiva esperanza.

* *

El Carnaval, en su «lenta aunque pausada desaparición» no acaba de dejarnos en paz definitivamente o, por mejor decir, nos empeñamos nosotros en que él no descanse, como correspondería a tan decrepito y caduco vejstorio.

Así acontece que no queda ya más que su recuerdo, es decir, la afluencia de gente que, por inercia, se reúne en el sitio por donde antes solían discurrir las cabalgatas desaparecidas y el bullicio disuelto. De cuando en cuando, se pretende infundirle algún vigor y resucitar sus bríos de otros días. Así ha pasado este año. Lo cierto es que con azúcar está peor y que lo poco que se consigue es obra de subvenciones oficiales o de reclamos mercantiles.

El Carnaval se resiente de su origen: es una fiesta de esclavos, y la libertad debía matarla, como ya acontece. ¿Qué incentivo puede conservar ahora, con careta o sin ella, cuando no hay ni convencionalismos que nos detengan, ni silencio que nos ahogue, ni inquisición que nos cohiba, ni tiranía que nos reduzca a perpetuo silencio? ¿Qué sorpresas puede reservar a los propios libertinos que no las hallen actualmente a mano en tiempo normal y a cualquier hora?

La otra noche, cuando me retiraba por la larga vía semidesierta y obscura, hallé uno de esos mascarones solitarios y taciturnos que, en su andar displaciente y en su aire macilento y sin gracia, denotaba el cansancio y el fastidio de toda una tarde, de toda una noche, y estoy por decir que de toda una generación y una época. El mascarón se alejó, entre la doble fila de árboles desnudos y de faroles trémulos, mientras su sombra de fantasma se alargaba sobre el pavimento. Se alejó, medio renqueando, con su dominó rojo, su careta negra y su bolsa de *confetti* flácida y casi vacía.

¿Quién era el aburrido, el embromado? ¿El público o él? ¿Quiénes son los listos, los héroes del Carnaval: los actores o los espectadores? Nadie podría decirlo a ciencia cierta. Desde Musset y aun desde antes se nos viene diciendo que «el Carnaval se va». Se va, sin duda, pero no acaba de irse. Y esas agonías lentas, interminables, miserables, son también las más penosas. En vano algunos balones de oxígeno le prolongan artificialmente la vida un año, o un lustro, si se quiere. El vejstorio no acaba de morirse del todo, siendo incapaz de resucitar del todo.

* *

Acaba de ser recibido públicamente en la Academia de Buenas Letras uno de los escritores más preclaros entre cuantos honran las letras catalanas: Don José Pin y Soler. Novelista fuerte y delicado a la par, comediógrafo, autor de deliciosas narraciones de viaje; traductor, ahora, de Tomás Moro, Erasmo y Luis Vives, como si en la compañía ideal de los humanistas del Renacimiento hubiese encontrado, en los años de su madurez, su propia ascendencia y parentesco mental.

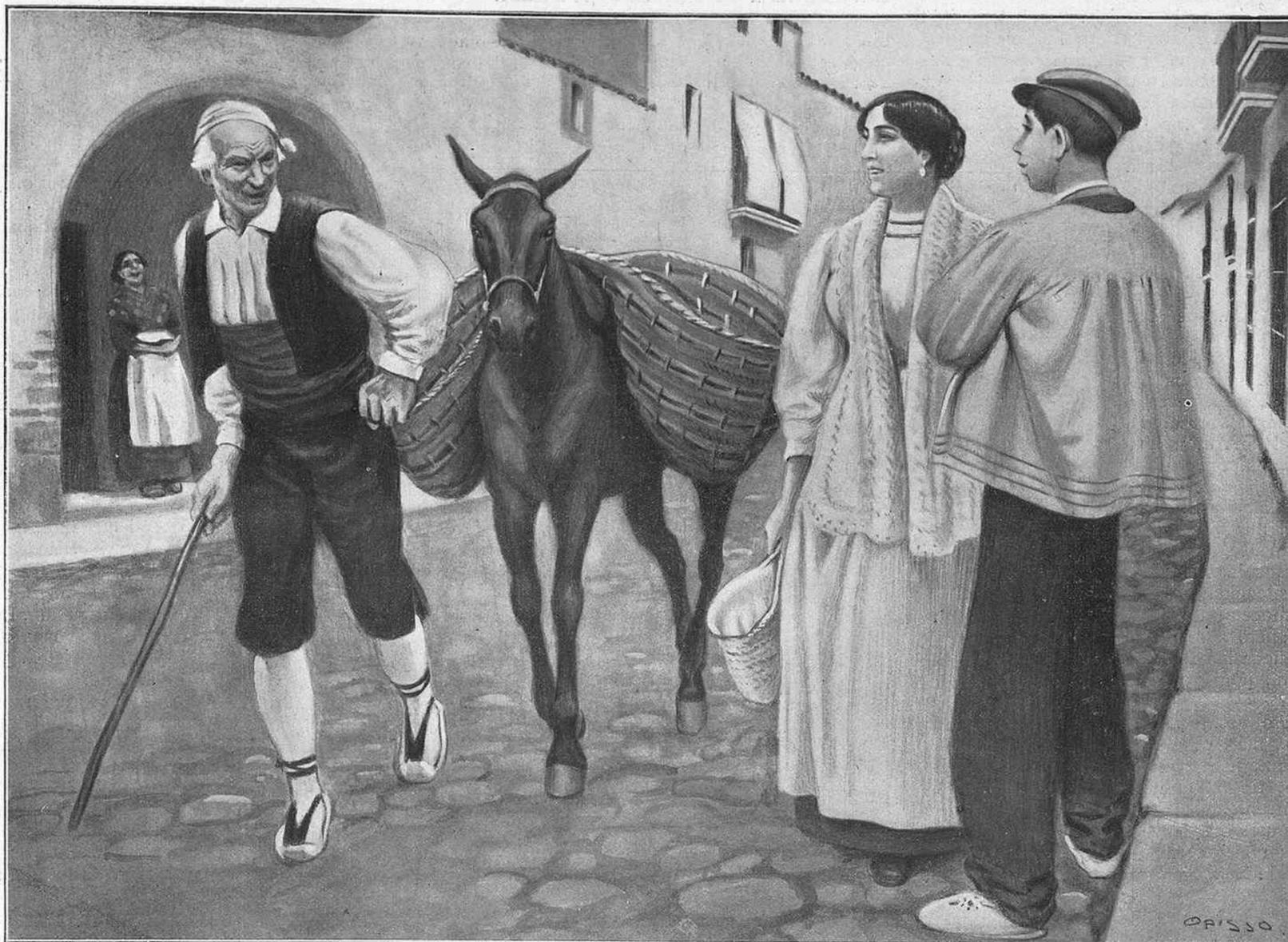
El discurso del Sr. Pin versó sobre Luis Vives y en él resplandeció la cualidad preeminente del nuevo académico. Algo que no podemos llamar exquisitez ni preciosidad, por ser demasiado femeninos estos atributos y porque a veces suelen encubrir la inconsistencia: algo que no puede designarse más que con la palabra *selecto*, a un tiempo expresiva de lo escogido y lo varonil.

Un grupo de amigos y admiradores quisieron rendir al Sr. Pin, días después de su entrada en la Academia, un tributo íntimo de simpatía y admiración al escritor eminente, al docto traductor y comentarista de los viejos humanistas y al bibliófilo depurado y lleno de gusto.

No se mandaron gacetillas a los periódicos; no hubo reclamo previo ni trompetería posterior. No hubo más que deseos de corresponder a la *selección* personificada por el obsequiado, que retribuyó espléndidamente a sus amigos con las primicias de una nueva producción teatral: *Nau sense timó*, escuchada con religioso recogimiento y con imponderable deleite.

MIGUEL S. OLIVER.

LA RONDA, POR CARLOS GARCÍA ANNÉ, dibujo de Opisso



En aquel momento, llevando por el ronzal a una mula cuyos cascos resonaban sobre el desigual empedrado de la calle...

El concejo de la villa había preparado aquel año un buen programa de festejos para solemnizar el día de San Jacinto, su venerado patrón.

Por primera vez ejercía Salustianer el de casa de la *Muda* la alcaldía de Valdemolinos de Arriba, y el hombre se había propuesto lucirse. Era Salustianer un labrador joven, simpático, de relativa cultura, fecundo en iniciativas y dotado de una voluntad de hierro, y no había en Valdemolinos ni en diez leguas a la redonda quien le ganase a idear cosas y a ejecutar lo ideado. Los que le habían elegido para alcalde supieron muy bien lo que hacían.

Gracias a él, que a fuerza de tenacidad supo vencer los inconvenientes que se presentaron, el concejo de Valdemolinos «había echado el resto» en la confección del programa. Serían unas buenas fiestas, unas fiestas «sonadas», nunca vistas en la villa. Seis músicos de Jaca estaban contratados para ejecutar alegres pasacalles y para amenizar los bailes y demás festejos; habría carreras de jumentos y de hombres a pie y en saco, solemnes oficios religiosos, sin faltar la consabida procesión para que la imagen de San Jacinto paseara triunfalmente por las calles de Valdemolinos de Arriba, reparto de pan a los pobres, bailes públicos en la plaza, cinematógrafo al aire libre, titeres, danzantes, capeas, cucañas, fuegos artificiales, romería a la ermita del Santo y el indispensable concurso de jotas, que no puede faltar en ningún pueblo de Aragón.

En Valdemolinos estaban todos satisfechos y alegres y se deshacían en elogios a su alcalde, que había conseguido rodearse de una envidiable aureola de popularidad. Las madres escribían a sus hijas que servían en casas de señores en Zaragoza o en Huesca, y ponían por las nubes las fiestas proyectadas, que serían dignas de verse, con lo cual inspiraban a las chicas la idea de pedir permiso a sus amos respectivos para ir a presenciar semejantes espectáculos y a gozar de tales diversiones; las muchachas que todavía quedaban en Valdemolinos de Arriba escribían también al novio soldado, que rabiaba de envidia por no poder ir al pueblo, y los mozos se preparaban a descansar, durante unos cuantos días, de las rudas labores del campo y a darles gusto a los pies en los bailes de la plaza.

El más contento era Pascualer, a quien aquel año correspondía ser el jefe de la ronda.

Un real mozo era el tal Pascualer. Aunque orgulloso y un tanto pagado de sí mismo, podía perdonarse de buen grado este defecto en gracia a que era muy trabajador y ayudaba eficazmente a sus padres en el cuidado de la hacienda y en la buena marcha del hogar. Los días de fiesta paseaba con orgullo por el pueblo su gallarda figura, realzada por el traje nuevo de pana, las flamantes alpargatas blancas, la gorra echada hacia un lado, la vara en la mano y el obligado clavel rojo (o, en su defecto, la casi inevitable ramita de albahaca) colocado detrás de la oreja derecha. Entretenía la tarde, con varios amigos, bajo los rústicos porches de la plaza y no pasaba por su lado alguna que no se llevara tras de sí una sarta de alegres requiebros. Tenía gracia para decirlos el tal Pascualer y las muchachas reían y miraban al mozo con cierta estimación.

Algunos meses atrás, Pascualer había cambiado notablemente. Tenía un aspecto de verdad que no había echado de menos sus piropos y se lamentaban de su cara seria y severa y de que rehuera sus conversaciones y su compañía. Antes, al volver del campo, si encontraba a una moza camino de la fuente, la acompañaba hasta ella dándole plática y a la vuelta se ofrecía para llevarle el cantarillo a fin de que la chica no se molestase. Por el camino, todo eran galanterías y frases dulzonas. Ahora, casi ni siquiera las saludaba.

¿Por qué? Las mozas ya lo sabían. Pascualer se había puesto en relaciones con la Manolita, la hija del *Rocho*, y ella se llevaba ahora las sonrisas, las miradas y los requiebros que Pascualer repartía antes entre todas.

En realidad, Manolita lo merecía. Era una muchacha guapota, lozana, fresca, un capullico de rosa. La mirada brillante de sus ojos negros y grandotes penetraba hasta el alma, su voz resonaba dulcemente en los oídos y daba un indefinible encanto al hablar baturro de la moza, y los domingos por la tarde, cuando salía a pasear con Pascualer, muy peripuesta con su abultada saya verde y su pañolón de seda de colorines, era la envidia de todas sus com-

pañeras. Manolita, además, sabía de todo y muy pocas le ganaban a ser lo que se llama una mujer de su casa.

Mostrábase la baturrica orgullosa y ufana por ser la novia del mejor mozo del pueblo, y estaba él más contento que unas castañuelas viéndose novio de la moza más lozana y hermosa de Valdemolinos. Las palabras de Pascualer, insinuantes y dulzonas, las escuchaba Manolita con pudoroso arrobamiento, ruborizándose de placer, y el rubor de la moceta era para el amor del baturro un acicate más.

¿Que cómo fué? Muy sencillo. Pascualer no había tenido nunca amores y sin ellos llegó a los diez y nueve años. Algunos de sus amigos tenían novia y el mocico, un tanto envidioso, les veía platicar de amor en las esquinas o junto a la fuente, escuchó lo que ellos le contaban de sus conversaciones con la novia, leyó por casualidad algunos cuentos de amor, y todo ello y su edad moceril contribuyeron a que su alma sintiese ansias de querer. Los cuentos de amor le gustaban mucho y más de una vez, trabajando en la huerta o mecho y los trigos, dejaba la azada o la hoz, sentábase a descansar y leía con avidez, sintiéndose, él mismo, protagonista de aquellas fingidas historias.

Se enamoró sin saber cómo. ¿De quién? También lo ignoraba. Él sólo sabía una cosa: que sentía algo desconocido que no había sentido hasta entonces, un deseo secreto de amar, de tener novia. La palabra *novia* sonaba en sus oídos con inexplicable dulzura y le producía un vago, misterioso, indefinible goce.

Pascualer (ya se ha dicho) charlaba con todas las mozas del pueblo y con todas gastaba bromas. Un día encontró a Manolita, que llevaba un capazo.

— ¿Ande vas, chiquer?, dijo ella.

— A casa, a tumbame. Cansau vengo e trabajar. ¿Y tú?

— A llevale la comida al mi padre, que está en el monte segando.

En aquel momento, llevando por el ronzal a una mula cuyos cascos resonaban sobre el desigual empedrado de la calle, pasó un viejo, el tío Antón, que les saludó al pasar.

— Platicando, ¿eh?, dijo. A ver si eso acabará en

casorio. Dimpués de tóo, no hacís mala pareja, rediez.

Y siguió su camino.

¿Que no hacían mala pareja?... Pascualer miró a la mocica. ¡Vaya si estaba hermosa! Al oír las palabras del viejo, ella, que secretamente quería a Pascualer, se había puesto roja como un clavel reventón y aquellos colores la heroseaban de veras. Hubo un choque de miradas y fueron ellas las mensajeras del amor. Pascualer había visto muchas veces a Manola, la había tratado desde niño y, sin embargo, hasta aquel día no supo lo bonita que era la moceta. Había sido preciso que el tío Antón dijese que formaban buena pareja para que él se fijase.

Llevaba él en su pecho la semilla del amor; llevaba ella en el suyo, oculto, secreto, el cariño por el mozo. La bromica del tío Antón hizo que aquellos amores adquirieran *estado parlamentario*.

Un rato largo estuvieron callados, él mirando a ella, ella mirando a las piedras de la calle. Pascualer fué quien rompió el silencio:

— Oye, moceta, no sé cómo icítelo, pero te quío mucho y de güena gana mi casaría con tú. ¿Quiés ser novia con mí?

— Hombre, yo, así..., tan di pronto..., me da muchísima vergüenza icite que sí, pero, vaya, ti diré que no tengo inconveniente.

Desde aquel día, las demás mozas no oyeron más requiebros de Pascualer y la madre de Manolita se daba a todos los diablos porque su hija tardaba cada día más de dos horas en volver de la fuente; y aun a veces, después de tanto tardar, volvía con el cántaro roto.

— Na, madre; una distracción que hi tuvido...

El día de la fiesta se aproximaba y Pascualer y Manolita hacían hermosos planes. Pero el diablo, que siempre vela, quiso estropearlos, y el diablo se presentó bajo la forma de Miguelón, un mozo que tenía de gandul y mal intencionado tanto como de recio y de animalote, que se empeñó en que Manolita había de ser para él. No con nobleza, sino a traición, se propuso hacer que la moza rompiera sus relaciones con Pascualer. Faltaban seis días para la fiesta y Miguelón fué a buscar a Pascualer en la era donde el mozo trillaba.

— ¿Qué t'ha paicío lo del chiquer de la señá Juana la tuerta?

— ¿Qué l'ha pasau?

— Ah, ¿no lo sabías? Chiquer, dispensa, pero como eres novio e la Manolita, creí que ella t'habría enseñau la carta u t'habría dicho algo, porque entre novios que bien se quieren no debe haber secretos.

— Pus no sé ná.

— Sabes que el chiquer de la señá Juana, cuando fué a servir al Rey, quiso ser novio e la Manolita, pero no s'atrevió a iciselo. Hace unos cuantos días l'ha escrito una carta mu maja pidiéndola relaciones y ella s'ha ejau icir por ahí que no la paicé mal la combinación.

— ¡Rediez!

— Ahora tú verás lo qu'haces. Pídele la carta, que si ella ti quiere y no tié intinción d'engañate, no tendrá secretos con tú y ti enseñará... Adiós, chiquer, y dispensa.

¿Cómo había de enseñar Manolita a Pascualer una carta que no existía más que en la fantasía maquiavélica de Miguelón? El mozo insistió mucho para que se la dejara leer; y como ella negaba haberla recibido; creyó de buena fe que Manolita le engañaba.

— Pus himos acabau, chiqueta. A ingañar a otri, que a mí no.

— Pa siempre, contestó ella.

— Esti año seré jefe e la ronda. ¡Pus la ronda no ti cantar! Y eso ti convencerá de que no ti quiero. Si ti quisiera, ti cantarían más que a nadie.

— ¡Ni falta!

Todo el pueblo supo la ruptura de aquellos amores y Miguelón se frotaba las manos de contento. Ya tenía el campo libre. Hasta le estaba agradecido Pascualer por haberle avisado.

Llegó la víspera de la fiesta y por la noche salió

Manolita. La moza, que en toda la noche no había dormido pensando en la partida serrana que Pascualer le había jugado, y que, envuelta en las sábanas, sollozaba de rabia, sintió un estremecimiento al oír la primera copla. Después cantaron otra, luego otra, en seguida otra..., hasta once. ¡Y era la ronda, la ronda, los mozos de que era jefe Pascualer!..

— ¡Ah!, pensó con inmensa alegría. ¡Entavía mi quiere! ¡M'han cantau más qu'a nadie!

No faltó quien le dijera a Pascualer lo ocurrido y antes de clarear el día ya lo sabía el mozo. Los dos grupos de la ronda habían terminado y se habían dispersado ya. Pascualer sintió celos, celos de Miguelón, comprendió que había sido engañado por éste y fué a pasear por frente a la casa de Manolita. Aunque era muy temprano, ella estaba a la ventana y le reconoció desde lejos.

— Gracias, Pascualer, le dijo. Bien sabía yo que mi querías.

— Porque ti quiero mandé que ti cantaran, contestó él sin atreverse a decir la verdad por temor de perder el amor de la moza, en provecho de Miguelón. Lo mandé yo; no podía mandalo nadie más que el jefe... ¿Y tú, mi quiés a mí?

— ¡Más que nunca, chiquer!

— ¿Vendrás con mí al baile esta tarde?

— Iré con tú.

Y al baile fueron. Miguelón les contempló muerto de envidia, mientras murmuraba mordiéndose de rabia los puños:

— Otra vez son novios y yo hi tuvido la culpa. ¡Maldita sía mi estampa!..

BARCELONA

SALÓN PARÉS

XIV EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA LITERARIA DE CATALUÑA.

Esta benemérita Sociedad, de la que forman parte conocidísimos artistas, veteranos unos, curtidos en las lides del arte, y otros jóvenes, que han entrado en la palestra

mucho tiempo después que aquéllos, pero tienen ya conquistada una personalidad, celebra actualmente su XIV exposición anual en el Salón Parés. Los rasgos característicos de esta exhibición, como los de todas las anteriormente organizadas por aquella entidad, son la armonía que impera en el conjunto de las obras expuestas; la ausencia de notas, por decirlo así, estridentes; la subordinación tácita de todos los expositores a un espíritu común de buen gusto, de corrección, de espontaneidad. No hay en ella quien aspire a llamar la atención por encima de los demás recurriendo a medios artificiosos, a efectos rebuscados, a originalismos extravagantes; todos los artistas se nos presentan allí sinceramente tales como son y nos ofrecen en sus cuadros su verdadero modo de sentir y de interpretar el arte.

Figuran catalogadas cuarenta y nueve obras, paisajes en su mayoría, y las firmas que ostentan demuestran por sí solas la importancia de la exposición: Anglada Camarasa, Baixeras, Cabanyes, Casas Abarca (Agapito y Pedro), Cortés Riera, Cusi, Galofre (F.), Galwey, Martí Garcés, Meifrén, Mongrell, Oliver, Puig y Perucho, Ros Güell, Sans, Tamburini, Tolosa, Urgell (Modesto y Ricardo) y Vázquez.

Estos nombres son la mejor garantía de la bondad de las pinturas expuestas, dignas de las mayores alabanzas. En la imposibilidad de hacer una crítica de todas y cada una, hemos escogido unas cuantas y las reproducimos en el presente número; ellas permitirán a nuestros lectores formarse idea de lo que es la exposición que nos ocupa, que es muy visitada por aficionados e inteligentes, y constituye un nuevo éxito para la Sociedad Artística Literaria de Cataluña. — T.



Interior, cuadro de Ricardo Urgell

(XIV Exposición de la Sociedad Artística Literaria de Cataluña. Salón Parés.)

la ronda llevando al frente a Pascualer. Tenían tres buenos cantores y había excelentes tocadores de guitarra y de bandurria. Pasó la ronda por la calle donde vivía Manolita y a todas las mozas dedicaron coplas los cantores, menos a ella. ¡Bien rabió la pobre!

La ronda se alejó de aquella calle y recorrió otras. El pueblo es grande y a pesar de que sólo se cantaban dos jotas a cada moza, se echaba encima el alba y faltaba aún cantar a muchas. Pascualer dijo:

— Hagamos dos grupos y así acabaremos antes. Tú, Miguelón, que eres mi amigo de confianza, encárgate d'uno. Que vaya con vosotros el *Chavo*, que es el mejor cantador.

Y le hizo una lista de las calles de que había de encargarse el grupo dirigido por Miguelón. Las demás corrían de cuenta del suyo.

Lo primero que hizo Miguelón al verse jefe de un grupo de la ronda, fué mandar que volvieran a la calle donde Manolita vivía.

— ¡Pero si ya himos estau!, dijo un mozo.

— Falta allí cantar a una moceta, a Manolita. Ya sé yo que Pascualer no quíe que la ronda li cante, pero él ya no tié ná que ver con la Manola. Yo la quiero..., ¡y esa moza no si queda hoy sin cantares! Si él se enfada, yo y él nos entenderemos. Ahora soy aquí el jefe y habís de obedeceme.

Y allá se fueron, pensando Miguelón que en cuanto Manola supiera que él había mandado que la cantasen, se quedaría prendada de él, aunque no fuera más que por agradecimiento. No dos, como a las demás mozas, sino once coplas dió a los aires el cantor, que tenía voz, sentimiento y estilo. Coplas de amores eran y en todas ellas se nombraba a Ma-

BARCELONA. SALÓN PARÉS

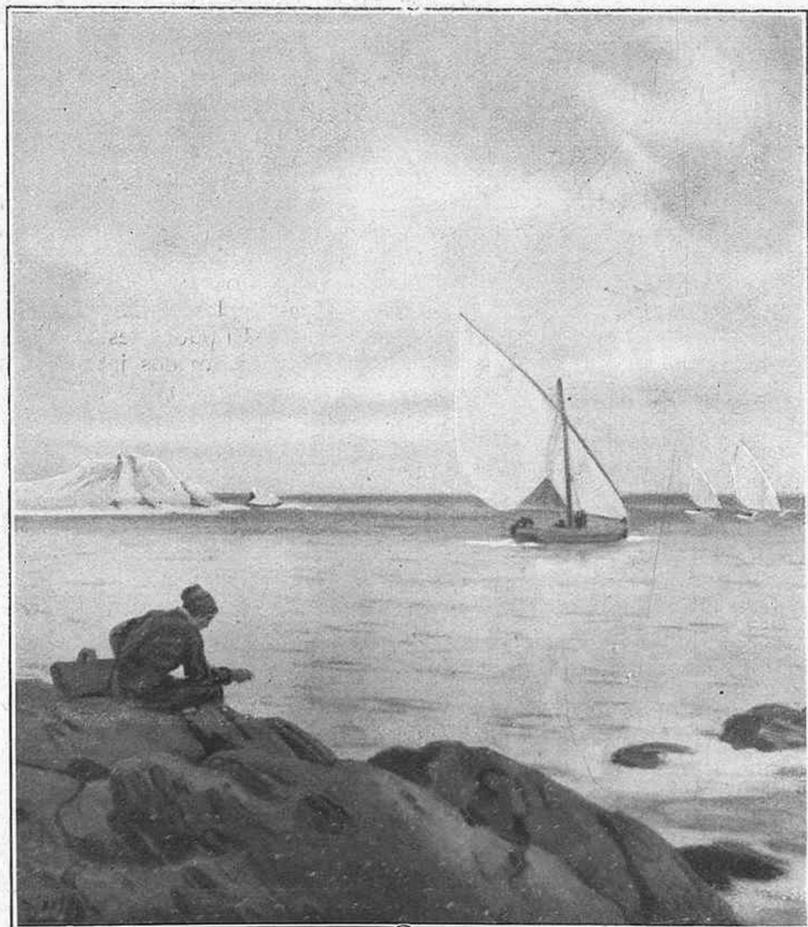
XIV EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA LITERARIA DE CATALUÑA



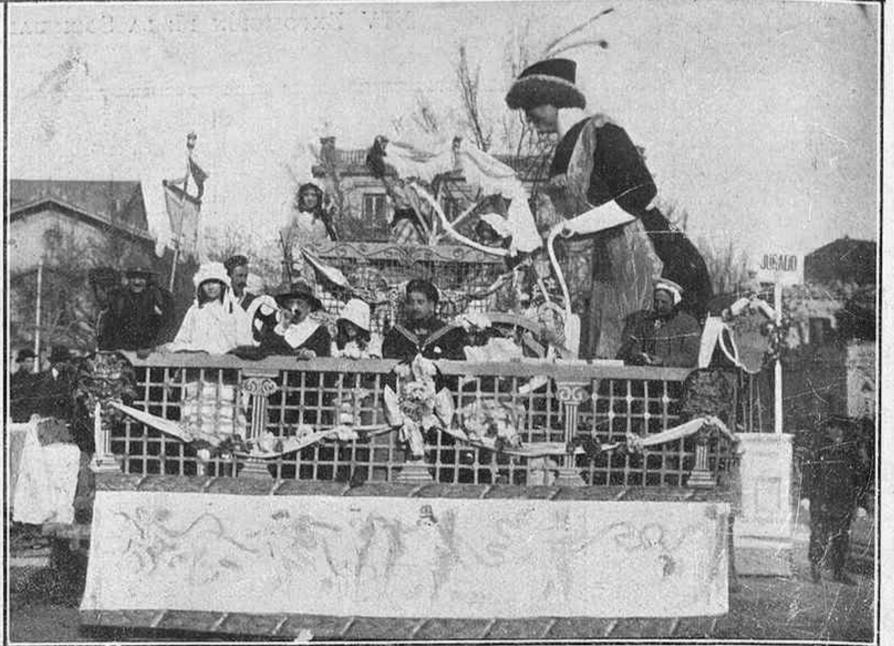
DIFÍCIL ELECCIÓN, cuadro de J. Martí Garcés



LA HORA DEL BAÑO, cuadro de J. M. Tamburini



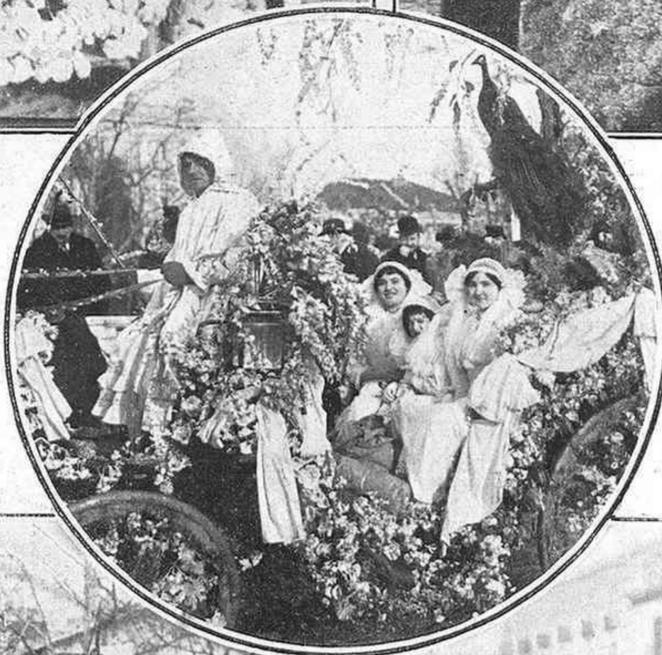
MARINA, cuadro de Dionisio Baixeras



Entrada del Carnaval, que obtuvo el segundo premio de 2.000 pesetas para carrozas. — **El diablo niñera**, que obtuvo el tercer premio de 1.000 pesetas para carrozas
El primer premio fué declarado desierto



Automóvil propiedad del Sr. Gerreda que obtuvo el primer premio de los destinados a coches engalanados, consistente en un regalo de S. M. el Rey. El automóvil, artísticamente adornado con profusión de flores, representaba un aeroplano tirado por dos cisnes.



Rosas de otoño, de la señora viuda de Garmendía, que obtuvo el segundo premio para coches engalanados (regalo de S. A. la infanta Doña Isabel).

Coche de «El Imparcial», que obtuvo el tercer premio para coches engalanados (regalo de S. A. el infante D. Fernando). (Medallón central.)



Flor de oro, de D. Ubaldo España y Monge, que obtuvo el cuarto premio para coches engalanados, consistente en un regalo de S. A. el infante D. Carlos. — **De montería**, de D. Julio Muriel, que obtuvo el 12.º premio para coches engalanados, consistente en un regalo del ministro de Fomento



Don Quijote y Sancho Panza, que obtuvieron el primer premio de 500 pesetas para las comparsas. - **Carroza Luis XV**, notable carro presentado por «El Niu Guerrer» que obtuvo el primer premio de 1.500 pesetas para las carrozas. Representaba una carroza antigua arrastrada por cinco caballos, una y otros de madera y tallados en plano, imitando el dibujo característico de las antiguas aleluyas. La figurada carroza descansaba sobre el chasis de un auto y dentro de ella iba un personaje que representaba S. M. el Carnaval



Templete indio de la sociedad «Pavimentos y Construcciones», que obtuvo el premio especial extraordinario. - «**Sidecar**» de la casa «Ciclos Sanromá», que obtuvo el primer premio de 150 pesetas para las bicicletas y motos



Gitana húngara, que obtuvo el primer premio de 200 pesetas para máscaras. - **Carro de los «Vinos Martí»**, presentado por la casa Martí de Badalona, que obtuvo el premio extraordinario de 500 pesetas para vehículos industriales concedido por la Compañía Barcelonesa de Electricidad

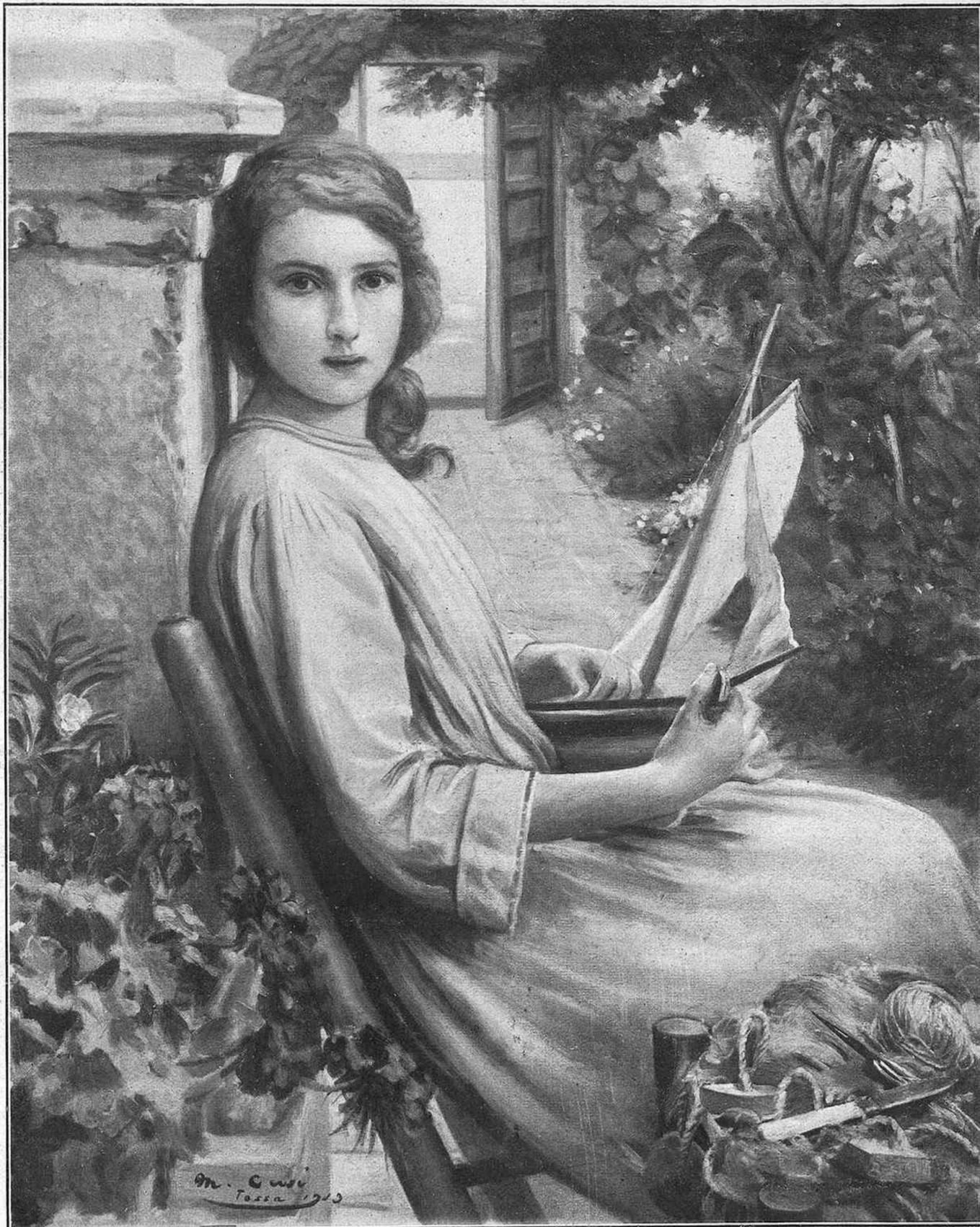
BARCELONA. SALÓN PARÉS
XIV EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA LITERARIA DE CATALUÑA



AZALEAS, cuadro de F. Galofre. (De fotografía de Serra.)

BARCELONA. SALÓN PARÉS

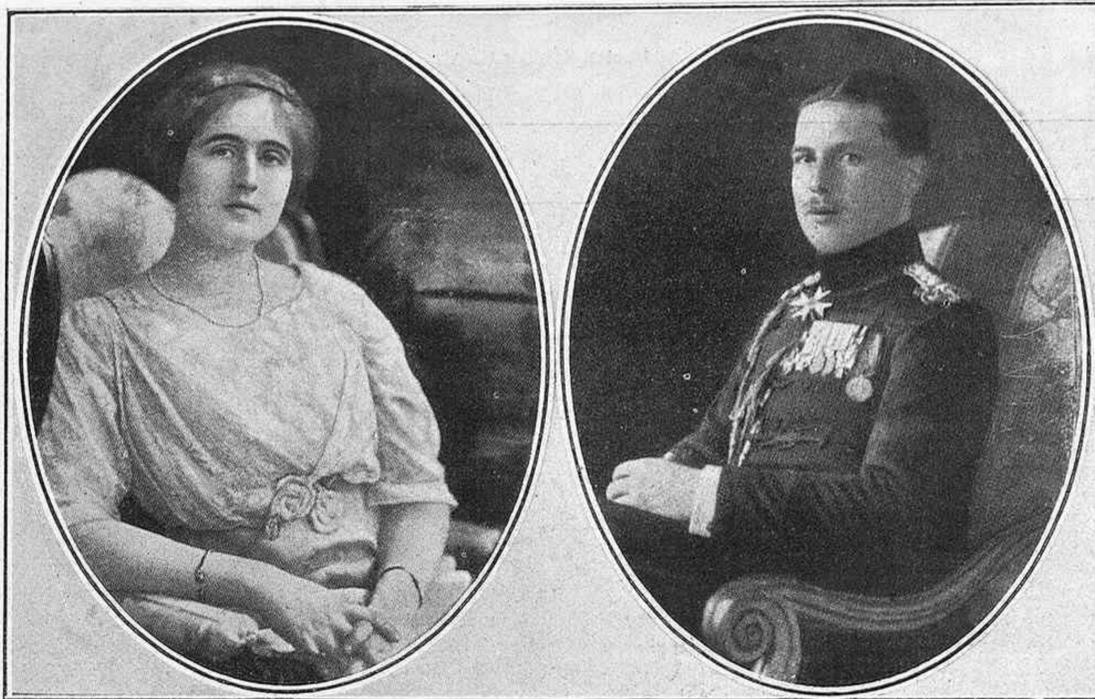
XIV EXPOSICIÓN DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICA LITERARIA DE CATALUÑA



HIJA DEL MAR, cuadro de Manuel Cusi. (De fotografía de Serra.)

LA PRINCESA ISABEL DE RUMANIA Y EL PRÍNCIPE JORGE DE GRECIA

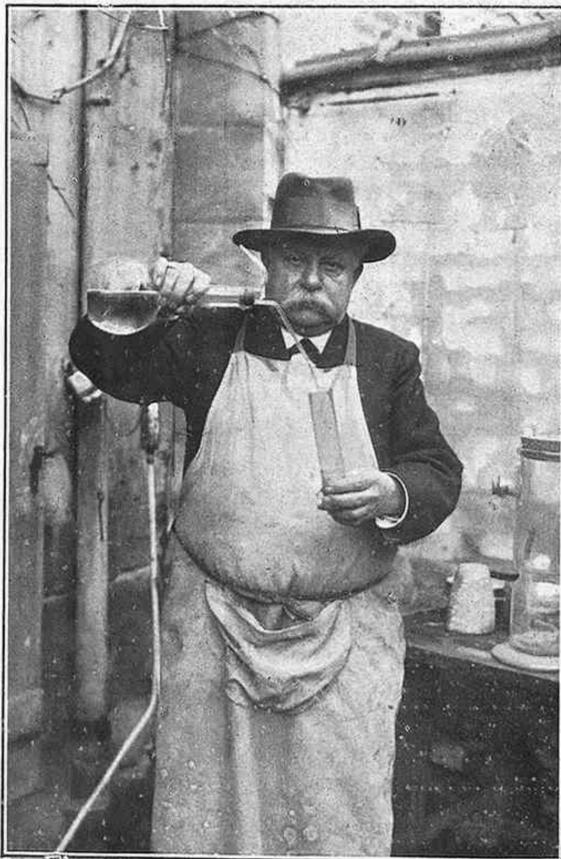
El concertado matrimonio del príncipe heredero Jorge de Grecia con la princesa Isabel, hija mayor del príncipe real



La princesa Isabel de Rumania y el príncipe heredero Jorge de Grecia, cuyo matrimonio ha sido recientemente concertado. (De fotografía.)

Fernando de Rumania, constituye un suceso de importancia para la política no sólo de los Balcanes, sino también de toda Europa. Esta noticia no ha causado sorpresa; era prevista ya desde la larga e íntima estancia del príncipe Jorge en Bukarest, en donde se le vió acompañar asiduamente a la princesa y prodigarle sus atenciones.

El príncipe Jorge tiene veintitrés años; la princesa Isabel, diez y ocho, y está dotada de singular belleza. El matrimonio



El célebre químico francés Eugenio Turpín que recientemente ha inventado una pólvora que resiste la temperatura de 300 grados. (De fotografía de Harlingue.)

de ambos es un matrimonio de inclinación y diplomático a la vez, con lo cual se da satisfacción a un mismo tiempo al sentimiento popular y a los cálculos de los gobiernos.

En el nuevo equilibrio balcánico, Rumania ocupa un puesto aparte y muy importante, y en la última guerra pudo verse patentemente de qué modo pesaba su opinión, no solamente en la península balcánica, sino en las mismas decisiones de la diplomacia internacional. Mientras los demás Estados balcánicos están ligados por convenios escritos, ella conserva su libertad de decisión y de acción; no es, pues, de extrañar que se vea muy solicitada por Grecia, Servia, Bulgaria y Turquía y aun por las potencias europeas que aprecian su prudencia y su fuerza como un factor de moderación, el único verdaderamente eficaz, en la actualidad, en los Balcanes. A cada nueva dificultad que surge para la consolidación de la paz definitiva entre Grecia y Turquía, preguntase la diplomacia qué hará Rumania; esto hace que tenga mayor significación el enlace que acaba de concertarse entre las dos familias reinantes.

LA NUEVA PÓLVORA TURPÍN

El ilustre químico francés Eugenio Turpín, el inventor de la melinita y del cohete autogiroscópico, el que con sus admirables trabajos sobre las panclastitas ha transformado la ciencia de la balística, ha inventado recientemente una nueva pólvora que resiste temperaturas de 300 grados. Esta sola circunstancia demuestra la importancia del descubrimiento, puesto que el empleo de la nueva pólvora evitará catástrofes como las ocurridas en los acorazados franceses *Jena* y *Liberté*, para citar sólo las más recientes, que tantas víctimas ocasionaron.

Hablando de su último invento, Turpín ha hecho a un reportero de uno de los principales diarios parisienses las siguientes declaraciones:

«He propuesto al Ministerio de la Guerra realizar ante las personas competentes que se designen la serie de experimentos que demostrará la perfecta estabilidad de mi pólvora; pero estos experimentos no bastan a los elementos oficiales, los cuales querrían que les entregase la pólvora misma o que yo sacase una patente. ¡Muchas gracias! Estoy demasiado escarmentado por los disgustos que me proporcionó el descubrimiento de la melinita para aventurarme de nuevo en esta vía. ¿Entregarles mi pólvora? Un simple análisis del producto permitiría conocer su composición. ¿Sacar una patente? Equivaldría a indicar mi fórmula, y una vez conocida ésta, ¿quién me garantiza que no sufrirá yo por este nuevo descubrimiento la suerte que sufrí a causa de la melinita? ¿Quién me asegura que no me vería nuevamente perjudicado, expoliado, que no se me negaría también la paternidad del invento? No, la experiencia, experiencia cruel, me ha demostrado que había que poner un límite a la confianza.»

Eugenio Turpín nació en París en 1848, y en 1885 ganó el premio Montyon por su descubrimiento de los colores inofensivos. Dedicado al estudio de las substancias explosivas, inventó la melinita, la panclastita, la pirodialita, etc., y otras. Había vendido el descubrimiento de la melinita al Gobierno francés y fué acusado de haber entregado el secreto a una sociedad inglesa. Con este motivo publicó una obra por la cual fué preso en 1889; pero en 1893, fué puesto en libertad, y en 1901 se le rehabilitó.

ALFONSO BERTILLÓN

Este sabio ilustre a quien se debe la admirable creación de la antropometría judicial, ha muerto hace poco en París, víctima de una larga y dolorosa enfermedad, que en vano quisieron contener los médicos haciéndole por tres veces la transfusión de la sangre de uno de sus hermanos, el doctor Jorge Bertillón.

Alfonso Bertillón nació en París, el 22 de abril de 1853, y después de haber hecho excelentes estudios en los liceos de San Luis y de Bonaparte, fué a Inglaterra y Escocia a ejercer de profesor de francés y de alemán. Vuelto a Francia para prestar el servicio militar, en 16 de marzo de 1877 entró en la prefectura de policía, en donde, guiado por su espíritu profundamente científico, se dedicó a investigaciones para la identificación de los criminales. Y de tal modo logró su objetivo, que bien puede decirse que, gracias a sus pacientes y laboriosos trabajos, los reincidentes son en la actualidad descubiertos en seguida y es posible descubrir crímenes que de lo contrario permanecerían envueltos en el mayor misterio.

En 1879, después de grandes estudios sobre la etnografía moderna y sobre las razas, se decidió a sacar partido de los caracteres exteriores de la fisonomía y del cuerpo humano para la identificación de los criminales; sus primeros ensayos tuvieron éxito excelente, y desde aquel momento quedaron sentadas las bases de la antropometría.

Nombrado jefe de la identificación de los detenidos, no cesó desde entonces de perfeccionar su método, utilizando las huellas digitales, que aumentan de una manera considerable el contingente de certidumbres. En 1888 las principales cárceles de los Estados Unidos adoptaron el sistema Bertillón, con lo que quedaba consagrada definitivamente la eficacia del nuevo método. Hoy en día, puede decirse que el *Bertillonage*, como se le llama, está adoptado por la policía de todo el mundo.

Producto de sus investigaciones fué también la creación de un método completo de fotografía judicial basado en las leyes matemáticas de la perspectiva y que ha sido un auxiliar poderosísimo para las investigaciones criminales.

Recientemente el prefecto de policía le encargó la organización de una Escuela de policía técnica y el Museo de policía criminal.

Alfonso Bertillón era una celebridad mundial y de todas partes se le encomendaron los informes periciales más delicados sobre los más diversos asuntos.

Su muerte ha causado profunda emoción en todos los centros científicos y judiciales del mundo entero.

EL RECORD DE LA DISTANCIA EN ESFÉRICO

El record de la distancia en globo esférico que tenía el aeronauta alemán Hugo Kaulen, ha sido recientemente batido por otro alemán, el ingeniero Berlíner.

Hugo Kaulen, que partió de Bitterfeld el día 13 de diciembre del año pasado, descendió en Perm, cerca de los montes Urales, al cabo de ochenta y siete horas de viaje aéreo, habiendo recorrido unos 2.800 kilómetros. Berlíner salió también de Bitterfeld el día 8 de febrero último y descendió el 11 tam-



El eminente sabio Alfonso Bertillón, creador de la antropometría judicial, fallecido en París el día 13 de febrero último. (De fotografía de Harlingue.)

bién en territorio de Perm, pero 104 kilómetros más lejos del punto en donde había tomado tierra Kaulen.

Berlíner nació en Lébnitz, el 8 de mayo de 1876 y lleva ya efectuadas más de cincuenta ascensiones habiendo aterrizado en Suecia, en Rusia, en Holanda, en Francia y últimamente en la Rusia europea. Ha obtenido varios premios en concursos alemanes y ganó las eliminatorias alemanas para la copa Gordon Bennet de 1913.

Los anteriores records de distancia en globo esférico fueron: en 1900, el conde de la Vaulx y el Sr. Castillón de Saint-Victor, de Vincennes a Korostichef, en 35 horas (1.925 kilómetros); y en 1913, el Sr. Rumpelmayer y la Sra. Goldschmidt, de Lamotte-Breuil a Kharkof (2.420 kilómetros).



El ingeniero alemán Berlíner (X), que ha batido recientemente el record de distancia de los globos esféricos, habiendo recorrido 2.904 kilómetros. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

AMBROSINA (CADET OUI-OU)

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS POR CLAUDIO LEMAITRE. - ILUSTRACIONES DE SIMONT. (CONTINUACIÓN.)



Pedro y Micaille se disputaron el honor de obsequiar a Catalina

Tenía que volverse sola con Pedro. El hijo del pescadero saludó, esquivándose. Catalina se abochornó de despecho.

- Vamos, dijo secamente a Pedro, que esperaba sus órdenes.

Él la siguió sin apresuramiento ni alegría.

Anduvieron así un rato, y Catalina fué la primera que rompió el silencio.

- En este momento estoy de desgracia, dijo; yo que jamás contrarío a nadie, no tengo más que disgustos. Calcule usted si me traerá cuenta el reñir con todo el mundo... Yo no soy una rabanera... ¡Usted no sabe las cosas que su madre me dijo el otro día! ¡Ah!, ya se me pasó el enojo contra ella. Todo se acabó. ¡Por otra parte, todas esas pijoosas que me dejan!.. Eso está muy mal hecho.

Catalina se expresaba con tanta dignidad que, al escucharla, olvidaba uno el sonido de la dura voz.

- ¡Bueno!, dijo Pedro resentido, ¿tanto le desagrada mi compañía? ¡Sin embargo, está usted en edad de aceptar la conducción de un joven! ¡Un hombre no debería ya darle miedo!

El tono era rudo, casi grosero. Pedro recordaba a Catalina que pronto iba a cumplir veinticinco años, edad que las muchachas no abordan con gusto sino en compañía de un marido o de un novio.

Hubo otra pausa, y luego, solicitada por pensamientos matrimoniales, Catalina expuso sus ideas sobre la existencia y el matrimonio:

- En la vida, Pedro, lo principal es tener una posición que convenga y agrade. No se trata de emprender nada superior a los medios y capacidades de

las personas. ¿Cree usted que me gustaría aceptar la carga de señora de armador? ¡Yo que no daría lo bastante a ese hombre para comprar y fletar un solo barco! ¡Para entenderse, marido y mujer, hay que calcular, aportar y recibir!..

Pedro escuchaba estas palabras de prudencia y de cordura con la cabeza baja. ¡Se encontraba fuera de su centro!.. ¿No había que concentrar toda su atención en el suelo para no tropezar nunca con una piedra o caer en un foso?

Arriba había estrellas, un cielo azul, sombras; el aire estaba impregnado de agradables perfumes, y, a derecha e izquierda de los caminos, un tierno césped invitaba al descanso y a la conversación. ¡Cuántas parejas se sentaban allí y esperaban un poco para admirar la bella noche antes de regresar a la ciudad!

Y todo aquello no debía existir para Pedro el marino y Catalina la pescadera. Esta tenía para aquellas caprichosas parejas muecas de desprecio y gestos de desagrado.

— Todo eso, dijo en conclusión, dirigiéndose a su compañero y designando a los enamorados, todo eso son tonterías.

— Entonces, no diga usted que el matrimonio la tiente, replicó Pedro, no sin descaro.

— ¡Si llama usted a eso el matrimonio!, exclamó Catalina; yo no llamo matrimonio a esos caprichos. Un hombre, en una casa, es un dios, y por capaz que una sea, no siempre puede prescindir de él para los negocios. Yo he sabido crearme una posición; así es que, aunque mis padres tengan más honor que dinero, aun puedo tener la pretensión de encontrar un buen partido... Cuando tenga hijos, quiero que encuentren el nido hecho; ¡no irán descalzos a buscar cangrejos y almejas, y esto es lo principal!..

— Verdaderamente, piensa usted demasiado lejos, señorita Catalina, dijo Pedro; antes de mirar a los chicos, hay que engatusar al padre. En fin ya está usted en su caso. Adiós, que haya mucha salud y hasta otra.

La puerta de los Papín volvió a cerrarse y Pedro bajó la colina corriendo, sin echar de menos la compañía de la hermosa pescadera. Detúvose para respirar la brisa. Los dos faros de los espigones centelleaban sobre el mar en que brillaban también los faroles de los barcos que navegaban a la vista del puerto.

De pronto, las resplandores del Gris-Nez confundían y envolvían en su blanca luz aquellos pequeños puntos luminosos. Pero, rojos, azules o verdes bastaba tener paciencia para volverlos a ver.

«Las estrellas que, desde el firmamento, observan toda esa maniobra, no se aburren», pensaba el muchacho.

Nada más interesante que un antepuerto para un marino que conoce los caminos del mar, la maniobra y el viento. Ese espectáculo le habla a la vez de la partida y de la llegada. Después de la pesca y de los temporales, ¡cuán dulce es abrigarse en el puerto! Pero cuando se anuncia la bonanza, ¡qué grato es aventurarse en el mar!.. Mientras tanto... ¡cómo os aman y esperan las mujeres!..

Pedro suspiró. Se aburría mortalmente.

¿Cuándo volvería al *Sarcouf* para llevarlo lejos? ¡Ay!, el *Sarcouf* no volvería hasta haber llenado sus bodegas de arenques. Pedro, sin barco y sin novia, era el más desgraciado de los jóvenes. Así es que, para castigo, no bastaba la cárcel; quizás durante más de ocho días, tendría que echar de menos el trabajo y los compañeros.

La causa de todo este disgusto era una chiquilla, la hermana de esa Catalina que acababa de corregirlo para siempre del amor. ¡Esa Ambrosina!.. ¡Cómo la detestaba!.. Pedro quería volver a navegar, navegar, navegar siempre!..

Con el alma trastornada y el espíritu afligido, el marino retiróse a su casa donde su madre le esperaba.

— ¿Y bien?, le preguntó Rosa con ansiedad; has visto a Catalina?, ¿os habéis hablado? ¡Sería una ganancia, una muchacha que al menos sabe ganarse la vida!..

— ¿Catalina?, replicó Pedro; ¿qué Catalina? No faltan Catalinas para lo que yo necesito... ¿Crees que no tendré la fuerza y el valor de mantener a mi mujer el día que la tenga?

— ¡Me guarda rencor aún, y no ha querido escucharte!..

Rosa juntó las manos, pronta a llorar.

Seguramente, Catalina había lastimado a su hijo con un desaire.

— Ha bailado conmigo, dijo el muchacho tranquilizando a su madre.

Galopaban tantas ideas en la pobre cabeza de Pedro, que no sabía explicarlas, y su madre no le comprendía. Así es que resolvió callar; besó a Rosa y se refugió en su cama. Cerró los ojos, fingiendo dormir para estar solo. Pero lágrimas contenidas le causaban picazón en el borde de los párpados. Una gran inquietud le agitaba y le tenía despierto. Volvióse hacia la pared. Lloraba sin saber por qué. Las gotas tibias, las gotas pesadas refrescaban un poco sus pobres mejillas encendidas que consumía el deseo de ser besadas por labios frescos.

VII

La campana del mercado a subasta sonó largo rato, anunciando la venta al por mayor.

De la plaza de abastos y de los muelles, acudían pescaderos, saladores, armadores y curiosos.

«Ratas de muelle», golfos desarrapados ayudaban

a los marineros que descargaban las cestas alineadas en grandes carros. El subastador y sus hombres exponían grandes pescados sobre las baldosas del mercado.

Un centenar de triglas famosas, grandes como del fines, con sus ojos espantosos y sus cabezas en forma de corazas, representaban un ejército en orden de batalla. Enormes congrios se enroscaban unos en otros como poderosas amarras de barcos de guerra, y rayas grises extendían sus alas anchas como barbas de ballena. También había salmónes blancos, largos como canoas, tan enormes que la carne blanquísima de uno solo de esos monstruos bastaría para una escuadra de soldados.

Por fin llegó el turno a la morralla. Los mújoles eran grandes como labros y había lenguados tan espesos como el rodaballo.

Aquella pesca milagrosa llenaba las cuatro galerías del mercado.

Un fresco y fuerte olor marino flotaba en el aire. Los colores más brillantes adornaban la espalda, las agallas, las aletas y los vientres del pescado de primera calidad... Las rayas ostentaban vueltas rosadas como flores; los mújoles azules y verdes eran tan rollizos y matizados como cuellos de ánades berberiscos. La piel de los lenguados y de los salmónes conservaba el reluciente aspecto del pelaje de ciertas fieras. Los congrios azules brillaban como metal bruñido.

Y todo aquello procedía de un solo barco. Hombres y mujeres se empujaban en torno de aquella pesca, que representaba un capital, y que pertenecía a uno de esos vastos vapores pesqueros de la Sociedad armadora. Cada pesca de esos gigantes de la flotilla revolucionaba el mercado...

Los dos vapores de la Compañía no paraban casi nunca; decíase que habían costado centenares de miles de francos, y estaban armados para toda clase de pesca. Para hacerse a la mar no esperaban viento ni marea; la fuerza del vapor los arrastraba lejos, hacia puntos inexplorados; sus sólidas redes, maniobradas por máquinas, bajaban a mayor profundidad que las corrientes, al fondo de esos tranquilos refugios en que engordaban los peces reyes. Así es que con una tripulación de unos veinte hombres cogían más pescado que diez barcas ordinarias.

El silencio de la tristeza reinaba entre los marineros reunidos; miraban como quien siente amenazada su vida.

El mismo Pedro Malot parecía preocupado. Era pues cierto lo que Rosa contaba a veces. Ya pronto no harían falta más que comerciantes para comprar y expedir el pescado. Para no morir de hambre el pescador se haría obrero. Ciertos armadores desembarcaban ya marineros.

En aquella lucha entre el capital y la mano de obra, ¡cuántos infelices habían sucumbido! Muchos, como el pobre Juan Saleta, no se aclimatarían a la vida de tierra. ¿Qué iba a ser de la flota del Estado sin los matriculados que protegían las costas francesas?

En aquel momento Rosa no sospechaba las preocupaciones de su hijo, de pie a la entrada del mercado a subasta; ella le estaba admirando...

El muchacho observaba la venta con interés, y la bella Catalina le sonreía de vez en cuando. Rosa se decía que su Pedro renunciaría al mar y viviría holgadamente como un verdadero burgués, hasta una edad muy avanzada.

— ¡Vivir muchos años!, ¡llegar a viejo!, murmuraba el abuelo Nicolás, cuando le expresaba sus deseos. Yo he navegado bastante... y me parece que no soy joven.

Toda su cara, llena de innumerables arrugas, se plegó en una risa maliciosa. En los naufragios, abordajes, aventuras de mar, ¡cuántas veces había engañado al mar voraz!.. Conservaba para su enemiga desarmada mucha ternura y un poco de desprecio. No le temía para su nieto, a la que él no temía para sí mismo cuando navegaba.

Guardaba silencio, porque las lágrimas asomaban fácilmente a los ojos de Rosa. Su precoz y perosa viudez le recordaba a cada instante los peligros y los siniestros marítimos.

Rosa abandonó su puesto de venta para acercarse a Pedro que examinaba el pescado.

Micaille, el pescadero, inclinado cerca de él, le escuchaba. Estaba indeciso ante un lote de triglas.

— Cómpralas, aconsejaba Pedro; tardará usted en verlas mejores. ¡El viento cesa y la traña no dará esta semana!

El pregonero lanzaba cifras. Muchas barcas esperaban la terminación de aquella formidable venta para ofrecer su pesca.

Cansado de la venta, Pedro se dirigió hacia los muelles en que se encontraba más a sus anchas. Se

enteró del precio del arenque salado. Varios marineros lo desembarcaban en barriles, pero no se vendía en el mercado. Los saladores lo compraban directamente para secarlo al humo.

¡El arenque de verano es tan bueno!.. Su carne espesa y fina es tan sabrosa como el jamón y las mejores viandas. El marino de buen gusto se come, en la cena, fácilmente media docena de arenques frescos y ahumados.

Dieron las diez; Pedro bostezó. No sabía en qué pasar el tiempo. Detúvose un instante en el banco de los jubilados y saludó a los viejos. Después se encaminó hacia el espigón. Vacía la cabeza, a falta de voluntad, sus piernas lo conducían hacia el mar. Bajó a la playa y siguió marchando a lo largo de la orilla del agua.

La marea, al bajar, abandonaba lagos azules en la rubia arena. Emergían bancos de rocas manchando de obscuro la playa clara.

Del acantilado y del camino bajaban mujeres y niñas que seguían la marea. Llevaban descalzos sus sólidos pies y llevaban en bandolera vastas redes o cestos. Cubiertos de telas impermeables el cuerpo y la cabeza, llevaban, a modo de cinto y de adorno, cuerdas de cáñamo que les sujetaban las faldas. Se agrupaban para reír y charlar. Las almejas y las pescadoras de langostinos son a menudo algo descaradas.

Algunas de ellas interpellaron a Pedro:

— ¡Eh!, ¡muchacho! ¡Escucha!

— ¿Quieres venir con nosotras?

— Miradle, tiene patas de pavo, gritó una vieja adelantando los brazos y la cabeza.

Imitaba la actitud de lento desaliento que abatía el robusto cuerpo de Pedro.

Este prosiguió su camino, insensible a las insinuaciones, sordo a las burlas, y llegó así al camino roqueño que conduce a la punta de la Cuna.

Estaba solo, bien solo con el mar que batía y respiraba delante de él. Suspiró de desahogo, pues le parecía bogar sobre un barco ligero. Seguramente, la maniobra y los compañeros no respondían esta vez, pero, ¿debía mostrarse demasiado exigente con la suerte? Estaba solo con el mar; la compañía le bastaba...

— ¡Eh!, ¡buenos días, Pedro Malot!, gritó una voz.

Pedro no contestó.

Una de las almejas de poco antes le había seguido.

Él estaba resuelto a no volver a mirar a ninguna muchacha, ralea del diablo que le ponía nervioso.

— ¡Buenos días, Pedro!, repitió la voz; ¿lleva usted algodón en los oídos?

El joven no quería oír.

— ¡Eh! ¡Pedro Malot, buenos días!

Y una mano, pequeña como la de una niña, tocó tímidamente el brazo de Pedro. Semejante audacia merecía castigo.

Pedro se volvió tan bruscamente que Ambrosina Papín huyó, saltando de roca en roca. Una vez protegida por la distancia, se detuvo. La pobre muchacha temblaba y Pedro, confuso, bajó la cabeza. El miedo de la chiquilla le recordaba una mala acción y estaba avergonzado de sí mismo.

Para dominar su deseo de pedirle perdón, tuvo que apelar al mortificante recuerdo del mordisco de la pequeña almeja y al no menos vivo de sus tres días de prisión, atrapados por haber perseguido a aquella mozoela roja, pálida y lisa como una latija, el más feo y común de los pescados.

Ambrosina razonó su temor y resolvió simplemente continuar su pesca. Provista de su garfio, que en caso de necesidad sabría defenderla contra un nuevo ataque de Pedro, escudriñaba el agua dejada por el mar en los intervalos de las rocas... Se agachaba, desaparecía, y, de pronto, volvía a subir y se mantenía en equilibrio sobre puntas cubiertas de grasas plantas marinas. Su falda marrón, azotada por el viento, tenía ondulaciones de vela sobre sus piernas curtidas y desnudas. El óvalo de su rostro era realmente el de una de esas Vírgenes esculpidas en madera del Norte y que sirven de proas y de protectoras a los viejos barcos noruegos y holandeses.

Pero los ojos de Ambrosina, que acechaban cangrejos y cabrajos, brillaban de terrible ardor; su boca abierta parecía una flor hinchada por la pura savia del árbol que sube bajo los primeros rayos de un sol primaveral. Corre hasta el extremo de las ramas, esa bella savia, para mejor tentar al amor que la convertirá en fruto.

Sus ojos vivos, sus labios rojos y toda aquella fuerza luminosa que animaba a la chiquilla atraían a Pedro. Era como una ardiente llama de vida que le deslumbraba. Pedro, sin saber cómo ni por qué, obedecía al movimiento instintivo que le impulsaba hacia la pequeña Papín...

Permanecía de pie al lado de ella, y la pesca ocupaba tanto a la muchacha, que ésta no sentía la presencia del joven. Ambrosina se recogió y ató la falda muy corta y se metió en el agua. Empezó a escudriñar los rincones de la orilla y echó sobre la roca tres de esas enormes ostras llamadas ostrones. Volvió a subir y se encontró delante de Pedro que admiraba las piernas y los pies sólidos de la chica.

Ella dió un grito y se desató la falda.

Ambos se quedaron perplejos y silenciosos, en pie el uno en presencia del otro. Ambrosina ya no tenía miedo; ¡Pedro la miraba con tanta dulzura!, y Ambrosina preguntó:

— ¿Con que ya no está usted enfadado conmigo? ¿Ya le pasó el enojo? ¿Somos amigos?

— Claro está que somos amigos, contestó el en tono de protección.

Se encontraba muy alto, muy viejo y muy serio al lado de aquella niña rubia que imploraba su amistad.

Una alegría tranquila y profunda inundaba toda el alma de Ambrosina.

— Amigos, amigos, dijo ella con gravedad; amigos..., es más de lo que a veces se cree, el ser amigos. ¿Lo sabe usted, Pedro? Ser amigos es pensar en la persona a quien se ama cuando se está lejos en el mar; ¡ser amigos es pensar en el que navega muy lejos!..

Diciendo esto, extendió los brazos hacia el mar, y Pedro se sintió a su vez bobo y pequeño ante aquella chiquilla que decía tiernas palabras.

Bajó la cabeza y contestó:

— ¡Ser amigos es mucho!, ahora lo comprendo perfectamente.

Ciertamente, aquella Ambrosina, en la cual aquella mañana misma no podía pensar sin odio, tenía más de una cosa que enseñarle y contarle, y se sentía demasiado deseoso de conocer toda su ciencia para negarse a escucharla.

— Ahora, dijo Ambrosina jovialmente, va usted a ayudarme. El marisco fresco es una verdadera fortuna. Da con qué lastrar una barca. Mire usted lo que tengo ya.

Ambrosina, en la excitación de su abundante pesca, entreabrió para Pedro un saco en el fondo del cual se movían animales negros, amarillos y verdes; cangrejos y mariscos.

— Vea usted, Pedro, si no gano mejor el tiempo aquí que en el taller o en el mercado. Cojo tanto como quiero. Yo sacaré mucho dinero, si quisiese vender mi pesca. Catalina se burla de mí cuando digo esto. ¡Pero me es igual!

Sin embargo, la cara de Ambrosina desmentía sus palabras de indiferencia; todas sus facciones concurrían a hacer una mueca de niña terca y rabiosa, y no por creerse superior a aquella chiquilla, Pedro la apreció menos.

— No pretenderá usted ir detrás de las almejas toda su vida, dijo él; no será usted siempre una chiquilla buena para hacer reír a la gente. Todo eso es bueno durante algunos años; después, hay que trabajar como los demás y aficionarse a la hermosura, al baile, a los quehaceres de la casa, al remiendo de las redes, en fin, convertirse en mujer.

¡Convertirse en mujer!..

— ¿Soy por ventura un hombre?, replicó agriamente Ambrosina; especie de marinero de agua dulce, ¿porqué no se está usted a bordo?

— ¡Sólo falta que sea usted la que me reproche el estar aquí!..

— Yo pescaré almejas todo el tiempo que me dará la gana, dijo Ambrosina en conclusión.

La muchacha colocó su saco atado entre dos rocas y reanudó su pesca, para lo cual, con desenfado, y hasta con cierto aire de reto, volvió a recogerse y

— ¡Pues!, dijo Amhosina resueltamente; Catalina necesita de mi madre en el mercado.

De modo que Catalina, con su hermosura y sus capacidades, que toda la marina admiraba, esclavizaba a aquella chiquilla que trabajaba jugando, sin sacar honra ni provecho de su trabajo.

Pedro arrancó a Ambrosina el saco demasiado pesado para sus débiles hombros.

Él compartiría su trabajo, él la ayudaría, y reprocharía delante de todo el mundo el egoísmo de la vieja Papin y de Catalina. Se haría justicia a la rojita que engordaba a la bella pescadera.

La rojita descargaba recios golpes sobre los hombros de Pedro.

Pero aquellos golpes no le lastimaban; se encorvaba dispuesto a hacer ronrón como un gato acariciado; hasta quería dar las gracias a la que le concedía las dulzuras de la amistad.

Pedro se volvió y recibió en pleno rostro el pequeño puño de Ambrosina; la chiquilla no estaba para bromas. Su carita rubia, color de miel, se puso lívida. Defendía como una fiera el saco que Pedro le robaba.

atar la falda muy corta delante de Pedro desconcertado.

La joven buscaba en el agua silbando audazmente un aire.

Pedro estaba indignado; estuvo a punto de enfadarse, de huir y perjurar su juramento de amistad.

Pero, después de haberlo atraído, aquella Ambrosina lo retenía casi sin darse cuenta.

La muchacha y todas las variedades de sus sensaciones de deseo, de alegría, de cólera, de timidez que ella le aportaba, le salvaban de aquel terrible aburrimiento que abrumba como una losa de plomo al marino desembarcado.

¡El aire era suave y Ambrosina charlaba con una voz tan clara!

Los dos placeres de contrariar a Pedro y de estar a su lado retenían fuertemente a Ambrosina, que continuó la pesca con bastante ardor para olvidarse de su madre y de la comida.

Por su parte, Pedro, sucesivamente enojado y contento, tampoco pensó en la comida ni en su madre.

La bronca voz del vapor de excursionistas, el *Magdalena*, les anunció la hora.

Ambrosina dió un grito.

Con frecuencia, a la chiquilla, distraída por sus juegos, se le había ido la hora de las comidas. Hoy, la ligereza de Ambrosina y la pesca de los cangrejos y de las ostras retrasaba el puchero de toda la familia Papin, pues la muchachita preparaba las comidas del padre, de la madre y de su hermana Catalina.

Una angustia de ama de casa culpable amenazó a Ambrosina, quien dirigió una terrible mirada al cómplice que tenía la audacia de divertirse...

¡Pedro Malot se reía!..

— A usted le tiene sin cuidado, exclamó Ambrosina. Al volver del mercado, Catalina y mi madre no habrán encontrado nada que comer. Yo soy la encargada de hacer la sopa.

— Bien pueden hacerla ellas, replicó Pedro indignado. ¿De modo que es usted la que cocina en su casa?..

Pedro tenía ganas de llorar; ya no había remedio, ya nunca inspiraría confianza a la muchachita. Ella desconfiaba hasta de sus mejores intenciones. Ella no olvidaría jamás la brutalidad del que la había atacado y amenazado; y precisamente Pedro deseaba sobre todas las cosas de este mundo la amistad de aquella rebelde, salvaje, desgraciada, que, indudablemente, no tenía ninguna de esas amabilidades que seducen a los jóvenes...

De modo que Pedro era una mala cabeza y obraba contra el sentido común, puesto que se mostraba refractario a los atractivos de la bella Catalina y a la existencia de empleado, es decir, a las dos tentaciones de los jóvenes de la marina.

— ¡Mi saco!, ¡mi saco!, gritó Ambrosina.

— Es para ayudar a usted, afirmó Pedro.

— ¿Ayudarme?..

— Es mi intención, repuso Pedro; voy con usted y le devolveré el saco a la puerta de su casa.

Parecía sincero, estaba tranquilo y no cedía.

Ambrosina se resignó.

Sus pies descalzos y rosados saltaban con agilidad sobre las rocas; en la última, resbaló yendo a caer en la arena rubia y desapareció un momento como por encanto.

Pedro se precipitó tras ella.

¿Se había hecho daño?

La chica esperaba oculta y cuando vió asomar sobre ella una gruesa cabeza morena y un rostro inquieto, se echó a reír.

Esta risa no era simplemente burlona.

En el fondo de su alegría, se percibía un aire jovial y un poco de emoción.

— ¡Ah!, ¡qué susto me dió!, suspiró Pedro.

¿Cómo había dicho esto!.. Ambrosina saboreaba su satisfacción. ¡Qué dulce es tener la facultad de atormentar a un joven, y un joven que no era un cualquiera, ¡sino la esperanza de las más bellas y de las más capaces! Un joven jovial, buen marino, fuerte de brazos y de espíritu, buen hijo, pero algo loco; en fin, uno de esos jóvenes de quienes las muchachas suelen pensar bien y hablar mal.

Marchaban seriamente los dos.

Ambrosina preguntó a Pedro:

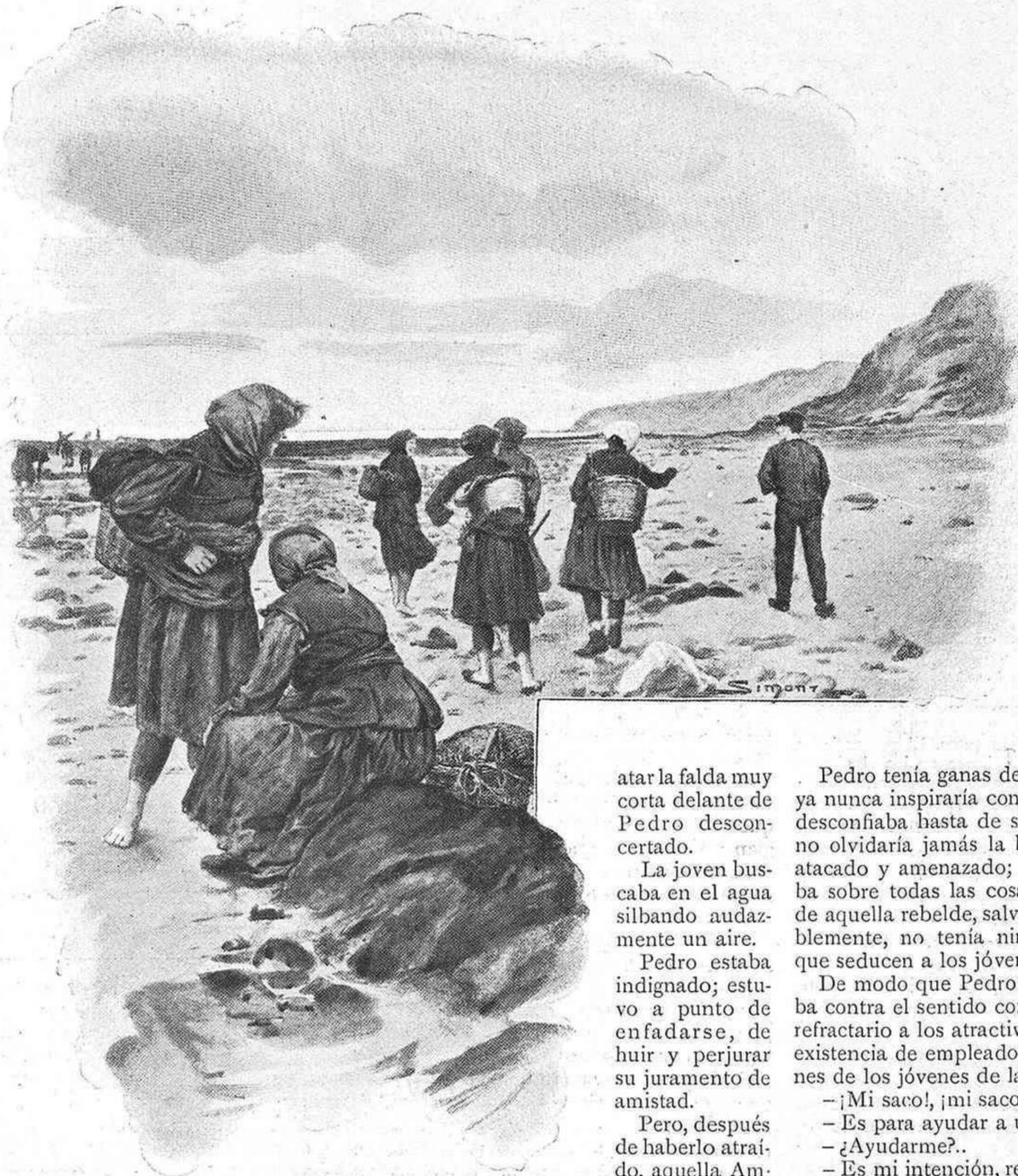
— ¿De modo que le tenemos a usted en tierra por mucho tiempo? ¿Se dejará ver?

— No es seguro, contestó el joven, orgulloso a la idea de verse solicitado.

— ¡Seguro!.. Yo estoy segura de no volver a ver a usted, replicó Ambrosina picada. No voy a pasar el tiempo en hacerle a usted compañía.

— Sería su obligación, aseguró Pedro, disimulando su desengaño.

— ¿Mi obligación?..

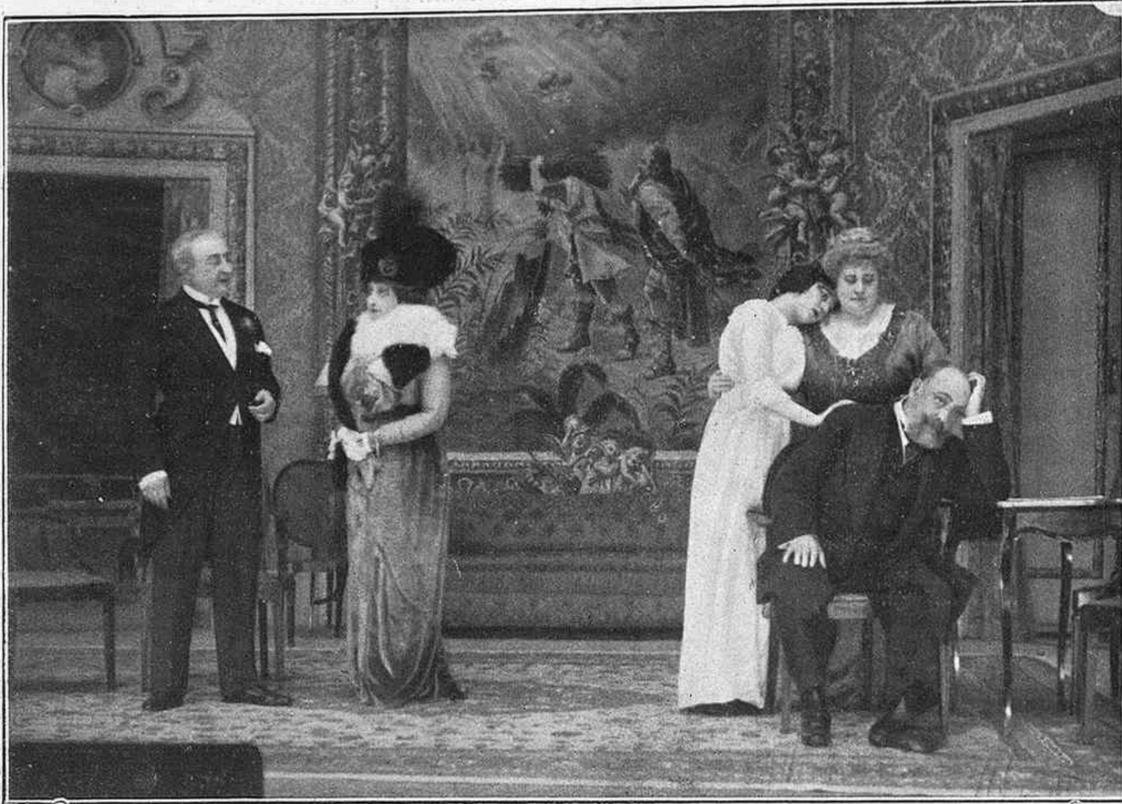


Algunas de ellas interpelaron a Pedro:

(Se continuará.)

MADRID. — «LA FUERZA DEL MAL»

En el Teatro de la Princesa se ha estrenado con grandísimo éxito una nueva producción del ilustre dramaturgo Sr. Linares Rivas, la comedia en tres actos titulada *La fuerza del mal*. La crítica matritense, con rara unanimidad, considera esta



Madrid. — Una escena de «La fuerza del mal», comedia en tres actos del Sr. Linares Rivas, estrenada con gran éxito en el Teatro de la Princesa. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

obra como una de las mejores de su autor. El pensamiento capital de esta comedia puede sintetizarse en los siguientes conceptos. El mal es una fuerza necesaria en el actual ambiente de nuestra vida de relación; y si hemos de ser bondadosos con los que lo son para nosotros, en cambio habremos de defendernos con las armas de la maldad contra los que pretenden arrollarnos, escarnecernos o desafiarnos sin razón. La sumisión ciega y perenne nos llevaría al naufragio seguro de



Excmo. Sr. Marqués de Aguilar de Campoo, exministro de Estado fallecido en Madrid el día 22 de febrero último. (De fotografía.)

nuestros más nobles afanes y proyectos; la vida misma alecciona a los seres excesivamente confiados, que a fuerza de golpes acaban por rebelarse y entonces ya no es difícil su triunfo.

El millonario D. Justo tiene dos hijas, Candelas y Asunción, enamoradas aquélla de un calavera empedernido y ésta de un joven modesto, honrado, inteligente. Opónese el padre a los amores de sus hijas y sólo cuando Candelas abandona la casa paterna consiente en su boda; en cambio Asunción, que no se rebela a la voluntad de su padre, vérfase separada para siempre de su novio, de no mediar D.^a Salomé, tía del calaverón, que al fin arranca el consentimiento de D. Justo. Otro episodio coloca en la comedia el Sr. Linares Rivas para justificar su tesis, y es el de un empleado que habiendo servido por espacio de treinta años lealmente a D. Justo y hallándose viejo y achacoso, acude al millonario en demanda de un socorro. Niégase D. Justo a tal petición, en vista de lo cual aquel infeliz le amenaza con la publicación de unos documentos que pueden quebrantar su fama y comprometer su crédito; y lo que no pudo lograr invocando sus servicios, lo consigue amenazando con un *chantage*.

La fuerza del mal, como todas las obras del Sr. Linares Ri-

vas, está muy bien escrita; el diálogo es ingenioso y abundante en frases irónicas y epigramáticas.

En la interpretación sobresalieron María Guerrero, María Cancio, Emilio Thuillier y Mariano Díaz de Mendoza, a quienes secundaron admirablemente la señora Jiménez, la señorita Ladrón de Guevara y los señores Cirera, Mesejo y Guerrero.

EXCMO. SR. MARQUÉS DE AGUILAR DE CAMPOO

D. Vicente García Sancho, marqués de Aguilar de Campoo, nació en México en 1837; vino con su familia, siendo aún muy joven, a España, y estudió en París la carrera de ingeniero industrial.

Afiliado al partido de la Unión liberal, fué diputado por primera vez en 1863; en 1875 fué elegido diputado provincial y poco después volvió a figurar en la Cámara popular hasta 1881.

El primer cargo público de importancia que desempeñó fué el de director general de Obras Públicas, en el que acreditó dignamente su talento y sus iniciativas.

En las primeras Cortes de la Regencia fué senador por la provincia de Madrid, habiendo sido más tarde nombrado senador vitalicio y después por derecho propio Grande de España.

Durante más de un año desempeñó la alcaldía de Madrid, distinguiéndose por su celo y rectitud, organizando la Asociación Matritense de Caridad y realizando la emisión de las cédulas para normalizar el pago de las expropiaciones del interior, mediante lo cual ha sido posible llevar a cabo en la corte mejoras urbanas tan importantes como la Gran Vía.

En dos ocasiones desempeñó la cartera de Estado, habiendo sido su gestión digna de aplauso.

Nombrado más adelante mayordomo y caballero mayor de S. M. la Reina Doña María Cristina, dejó de tomar parte activa en las luchas políticas.

Poseía el collar de la Orden de Carlos III, la gran cruz de Isabel la Católica y varias condecoraciones extranjeras. Era gentilhomme de cámara con ejercicio y servidumbre y había formado parte de muchas importantes entidades.

Cuando ocurrieron las inundaciones de Consuegra, fué nombrado Comisario Regio; en el desempeño de este cargo trabajó sin descanso en favor de los desvalidos, demostrando su gran caridad, su energía y su rectitud. Como recompensa de sus servicios en aquella ocasión, le fué otorgado el título de conde de Consuegra.

El marqués de Aguilar de Campoo fué una de las personalidades más distinguidas del partido conservador. Sus méritos le llevaron a ocupar altos y honrosos cargos. Sus prendas de carácter, su rectitud, su lealtad y su caballerosidad intachable le conquistaron el afecto y el respeto de cuantos le trataron.

D. JUAN PEDRO

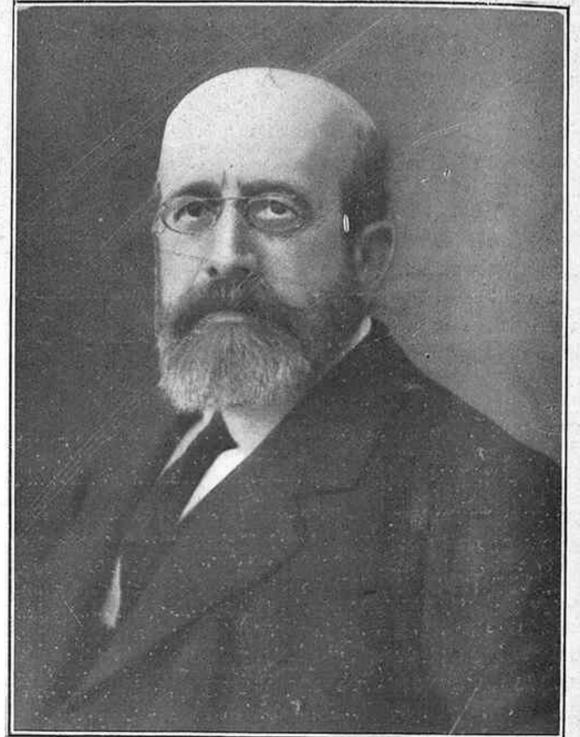
ALADRO KASTRIOTA

Nacido en Jerez de la Frontera el 8 de mayo de 1845, el Sr. Aladro ingresó a la edad de veintidós años en la carrera diplomática, empezando a prestar sus servicios en el ministerio de Estado y figurando luego sucesivamente

en nuestras embajadas de Viena y París y en las legaciones de Bruselas, La Haya y Bucarest. A la muerte del Rey D. Alfonso XII, con quien le unían vínculos de extremado afecto, abandonó la diplomacia y se estableció en París, en donde hizo vida muy retirada, dedicando la mayor parte del tiempo a los viajes.

Hace algunos años, presentóse como pretendiente al trono de Albania, al que se creía con derecho por haberse casado uno de sus antepasados con la princesa Kastriota, heredera de Jorge Kastriota Skamdenberg, que luchó contra el dominio turco en Albania. Decidido a libertar al pueblo albanés del yugo de Turquía, sus aspiraciones hallaron excelente acogida entre los albaneses, que le consideraron como su salvador y legítimo príncipe. Aladro trabajó con entusiasmo, organizó comités en los Balcanes, en Italia, en Grecia y en Egipto, reunió asambleas de notables y dió vida a la liga de Pissend, que trabajó mucho en favor de la independencia de Albania; pero no ha podido ver realizadas sus aspiraciones, pues ha muerto precisamente cuando el príncipe de Wied se dispone a ocupar el trono por el que él luchó.

En su juventud fué el Sr. Aladro una personalidad conocida y muy estimada en los círculos madrileños, lo mismo que en los de Jerez y Sevilla. Buen mozo, elegante, aficionado a la vida de sociedad, dueño de una cuantiosa fortuna y generoso hasta la esplendidez, brilló entre los hombres de su tiempo y tuvo gran partido entre el bello sexo. Fué, además,



D. Juan Menéndez Pidal, elegido recientemente académico de número de la Real Academia Española. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

distinguido *sportsman*, apasionado de las carreras de caballos, y su cuadra de caballos de carrera gozó de gran fama en la historia del deporte hípico.

D. JUAN MENÉNDEZ PIDAL

La Real Academia Española ha elegido recientemente académico de número, para ocupar la vacante del marqués de

Pidal, al sobrino de éste, D. Juan Menéndez Pidal, eminente escritor y director del Archivo Histórico Nacional.

Esta elección ha sido unánimemente aplaudida, pues la notable labor realizada por el nuevo académico dábele títulos más que suficientes para ingresar en la docta corporación.

Castizo escritor y notable erudito, las obras del señor Menéndez Pidal han sido justamente elogiadas por los aficionados a los trabajos de investigación histórica y literaria.

Es también notable periodista e inspirado poeta, habiendo publicado recientemente un tomo de *Poetas* que ha sido un éxito grandísimo.

Entre sus últimos trabajos merecen citarse especialmente uno acerca de los restos y memorias del antiguo monasterio de San Pedro de Cerdeña y otro titulado *Crónica burlesca del emperador Carlos V*.

El Sr. Menéndez Pidal nació en Madrid en 1861; llega, pues, joven todavía a la más alta consagración literaria, y llega a ella, además, con un espíritu activo que le hace admirablemente apto para la labor que la Real Academia Española realiza de un modo constante y eficaz.



D. Juan Pedro de Aladro Kastriota, pretendiente que fué al trono de Albania, fallecido recientemente en París. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

Real Academia Española realiza de un modo constante y eficaz.

MADRID

LA CASA DE LA ASOCIACIÓN DE FERROVIARIOS

Con asistencia de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, del presidente del Consejo de Ministros, de los ministros de Fomento, Gracia y Justicia e Instrucción Pública, del alcalde, del gobernador civil y de otras distinguidas personalidades, efectuóse el día 21 del mes próxi-



S. M. el Rey leyendo su discurso

presidente de ésta, Sr. Caamaño, leyó unas cuartillas agradeciendo al rey su asistencia al acto y a la Reina Doña Victoria por haber autorizado a la Asociación para dar su nombre a un premio anual instituido recientemente como recompensa a actos realizados por agentes de las empresas ferroviarias, y enumerando los trabajos realizados para erigir la casa cuya primera piedra iba a colocarse y que estará concluida dentro de dos años. Terminó su discurso el Sr. Caamaño, dando vivas al Rey y a la

Reina que fueron contestados con entusiasmo.

D. Alfonso dió lectura a un discurso ensalzando la perseverante labor de los ferroviarios, y manifestó la admiración que siente por ellos, por esos héroes del trabajo que, en el cumplimiento de su deber exponen a diario su existencia y ofreció a la Asociación el apoyo de su Gobierno.

Grandes aplausos y vivas acogieron las palabras del Rey. Seguidamente el obispo de Madrid-Alcalá bendijo la piedra y, una vez ésta en tierra firme, S. M. echó la primera paletada de argamasa, firmando el acta que, después de él suscribieron el presidente de la Asociación, los ministros, las autoridades y otros personajes oficiales.

El Sr. Caamaño enseñó al Rey los planos del proyectado

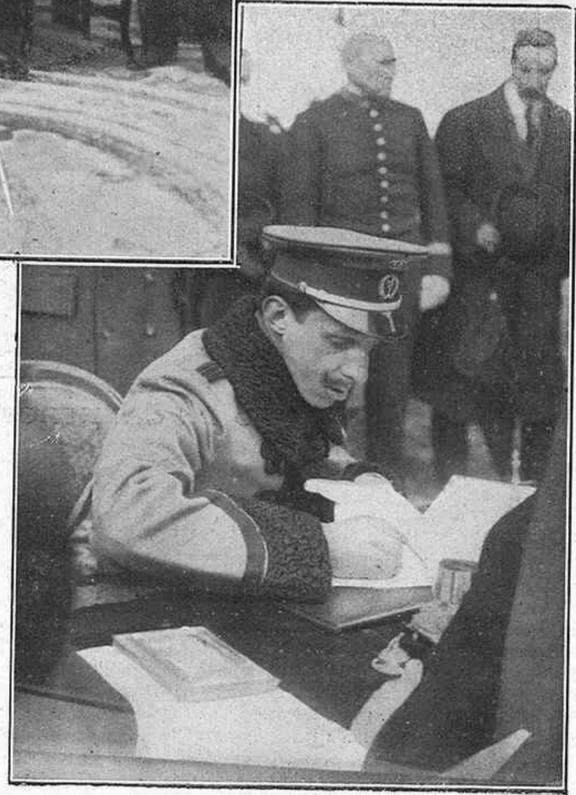


Madrid. La casa de la Asociación de ferroviarios S. M. D. Alfonso XIII colocando la primera piedra

mo pasado la solemne ceremonia de la colocación de la primera piedra para la casa que la Asociación general de Empleados y Obreros de los Ferrocarriles de España va a construir, como edificio social, en un solar de la calle de Atocha. También asistieron al acto el obispo de Madrid-Alcalá y el clero de la parroquia del Salvador y San Nicolás.

El monarca, cuya llegada fué acogida con una ovación delirante, ocupó su asiento en el estrado, enfrente del cual, y pendiente de un trípode, hallábase la piedra sujeta por una cinta de los colores nacionales y con la fecha del día de la ceremonia. Detrás de S. M. se colocaron los ministros, las autoridades y el personal palatino.

Después de saludar a S. M. la Junta de la Asociación, el



S. M. el Rey firmando el acta (De fotografías de nuestro reportero J. Vidal.)

FUMISTERIA CAÑAMERAS
Fundada en 1850

COCINAS MODERNAS
GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS
ASADORES AUTOMÁTICOS
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR
PRENSAS, BANCOS,
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

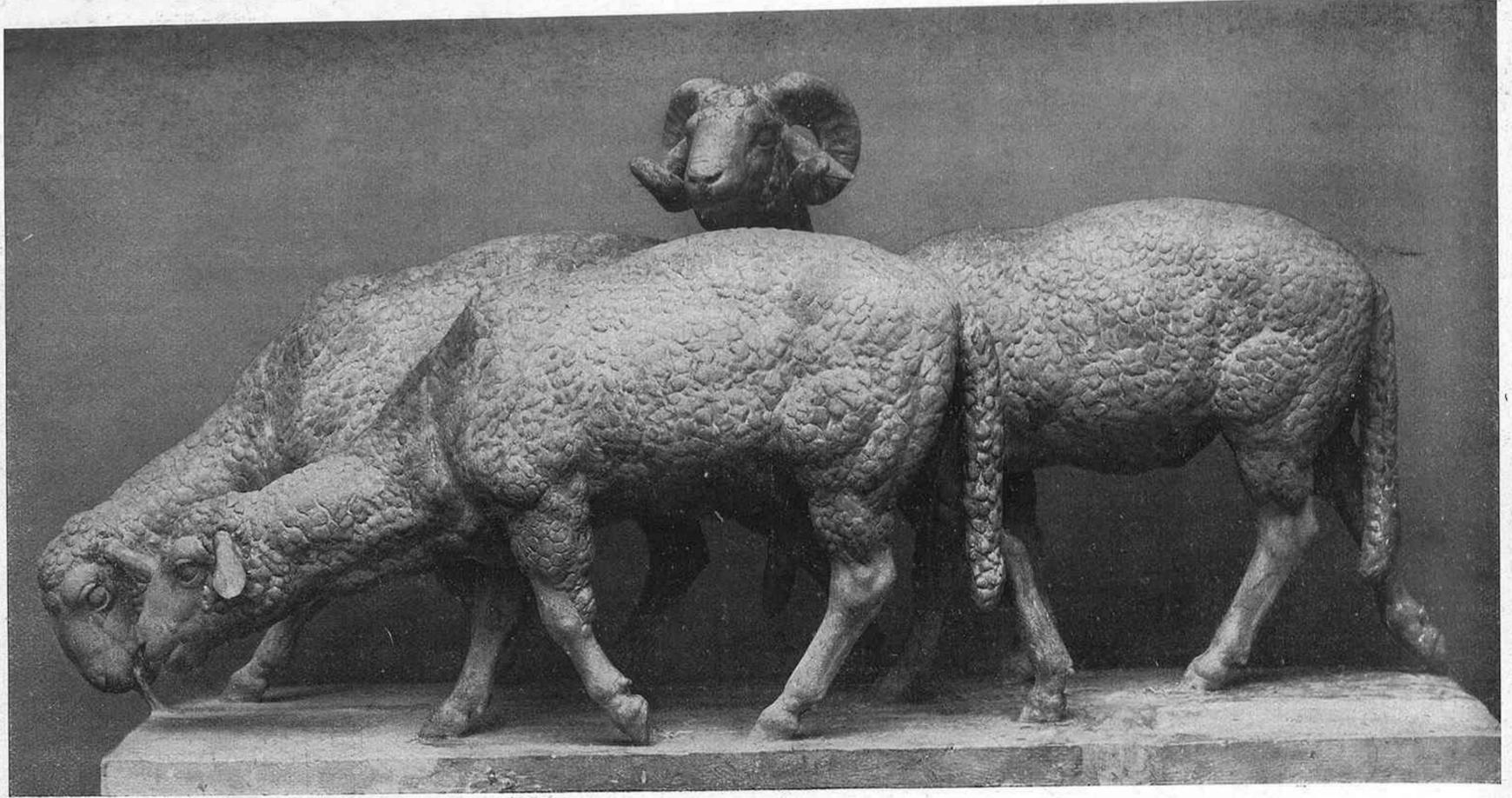
ZEISS
GEMELOS
PARA VIAJE,
DEPORTE Y CAZA
PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»
De venta en todos los Establecimientos
de Optica, y por
CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts. París.

Jabón líquido **PRINCESA**

Es el más suave y el único que debe usarse para la cara y el cabello. Es el mejor preservativo de las enfermedades de la piel. Insubstituible para la toilette de las personas de cutis delicado, especialmente las criaturitas recién nacidas. Nunca irrita. Preciso en todo lavado.

DE VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS IMPORTANTES. DOS PESETAS FRASCO
VENTA AL MAYOR: J. VIÑAS CAMPAÑA. ARAGÓN, 166. - BARCELONA



GRUPO DE CARNEROS, escultura en bronce de Augusto Gaul. (Exposición de Otoño, de Berlín.)

(Reproducción autorizada por Pablo Casierer, Berlín, W.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
POR AUTORES O EDITORES

VASCO NÚÑEZ DE BALBOA Y EL DESCUBRIMIENTO DEL MAR DEL SUR. - La Real Sociedad Geográfica ha publicado los discursos que, en la sesión extraordinaria celebrada en 25 de septiembre de 1913 para conmemorar el cuarto centenario del descubrimiento del Océano Pacífico, dijeron o leyeron los señores Beltrán y Rózpide, Saralegui, Altolaquirre, Conde y Luque, Sosa, Motta y Ruiz Jiménez. Tratándose de personalidades tan competentes, ocioso es encarecer la importancia y el interés de sus respectivos trabajos. Un folleto de 28 páginas impreso en Madrid en la imprenta del Patronato de Huérfanos de Intendencia e Intervención Militares.

ESTUDIO SOBRE LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA DE GUIPÚZCOA, por J. Castrillo. - Constituye esta obra un interesante y completo estudio del fuero guipuzcoano y de cada una de las principales instituciones en él contenidas, al que acompañan

algunas atinadas consideraciones sobre las formas antiguas de gobernación de los pueblos y las formas modernas y sobre la necesidad de introducir en aquél algunas supresiones, modificaciones y rectificaciones no sólo para convertirlo en un libro claro y propio para que por él pudiera regirse Guipúzcoa con completa autonomía dentro de la organización actual del Estado sino también para adaptarlo a las modernas exigencias del régimen democrático. Un tomo de 150 páginas impreso en San Sebastián en la tipografía de Hijos de J. Baroja. Precio dos pesetas.

EL ANTE DE TRADUCIR EL ALEMÁN, por J. Meca Tudela. - El sistema adoptado por el autor de este libro es eminentemente práctico para los que quieran aprender a leer y traducir el alemán, pues consiste en presentar numerosos textos de los principales autores alemanes, prosistas y poetas, y continuar al pie de cada uno la significación literal de las palabras y frases que contiene y luego la traducción literaria e íntegra del mismo. De este modo el lector se acostumbra, sin necesidad de reglas gramaticales, a aprender muchos vocablos y giros en

buenos modelos, familiarizándose así poco a poco con el idioma alemán. Un tomo de 212 páginas editado en Barcelona en la librería de la calle de Aviñó, 20; precio, tres pesetas.

AL MARGEN DE UN DECRETO, por Rafael Calleja. - Con motivo de la publicación del real decreto sobre reorganización de la enseñanza dictado en 23 de octubre de 1913 por el entonces ministro de Instrucción Pública Sr. Ruiz Jiménez, el distinguido abogado del Colegio de Madrid D. Rafael Calleja ha publicado un notabilísimo trabajo en el que se examina todo lo establecido en la materia desde la ley de 9 de septiembre de 1857 hasta la fecha, señalando todas las deficiencias y los vicios de que la enseñanza oficial adolece, principalmente en lo que se refiere a programas y libros de texto, y se señalan los remedios que debería aplicar el poder público para corregirlos y conseguir que aquella fuese lo que debe ser. Es un estudio repleto de datos y de atinadísimas consideraciones y que lleva como apéndice los principales textos legales desde la citada ley de 1857. Un tomo de 80 páginas editado en Madrid por la casa Saturnino Calleja Fernández.

DENTIFRICOS HIGEIA
ELIXIR
POLVOS
CREMA

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
Fia G. SEGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INNSBRUCK, TIROL
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

Paris
Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDÈS de St-Denis, 16

**PARA CURAR SIN MOLESTIA
CALLOS Y DUREZAS
CALICIDA
ESCRIVA**
ES EL
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

HIPOFOSFITOS SALUD
COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en oajas, para la barba, y en 1/2 oajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN